

RECONSTRUIR



Editorial

Leyes liberticidas

Agustín Souchy

La cortina ha caído sobre Berlín

Doctor René M. Aguirre

Notas de un viaje por Bolivia: la tragedia del colla

Victor T. Angueira Miranda

Consecuencias del estatismo

Archivo

Capitán Roberto de Cárdenas: La muerte de Camilo Cienfuegos, Ives Gilbert: Húber Matos y Fidel Castro.

Profesor Edich Golhagen

Quimeras y realidades del comunismo

Notas Críticas

Jorge Ballesteras: La bomba atómica y el futuro de la humanidad

Calendario

Concepción Fernández. Diciembre de 1853: Nacimiento de Errico Malatesta. Diego Abad de Santillán. 18 de Noviembre de 1936: Muerte de un revolucionario auténtico, Buenaventura Durruti

15

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

RECONSTRUIR

revista libertaria

aparece bimestralmente

Buenos Aires

Noviembre - Diciembre de 1961

Editor responsable:
Fernando Quevedo

Administrador:
Roberto Conas

Consejo de redacción:

Gerardo Andújar
Luis Donussí
Jacobo Prines
Fernando Quevedo

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales que contiene. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellas.

Subscripciones

simples:

República Argentina
anual m\$a. 120.—

Otros países

anual u\$a. 2.—

de apoyo:

República Argentina
anual m\$a. 200.—

Otros países
anual u\$a. 4.—

números atrasados:

m\$a. 20.— cada uno.

Valores y giro:

Editorial Reconstruir
Casilla de Correo 320
Buenos Aires
Argentina

Impreso en
América
Tacumán 353

Para defenderse contra el peligro totalitario, es indispensable ejercer todos los derechos que supone el vivir con relativa libertad. Cualquier limitación de tales derechos favorece al totalitarismo. Sirve siempre a los planos reaccionarios. Permite la represión gubernamental inspirada en el odio ideológico o en el cálculo político. En nombre de la libertad, se la mata. Invocando la democracia, se la hunde en el despotismo.

Hasta ahora la experiencia ha sido rotunda: leyes como esa que se intitula de "defensa de la democracia" han servido en todas partes para atentar contra la libertad de pensamiento y de expresión, han instaurado el delito de opinión, han servido para perseguir y castigar a hombres, organizaciones y corrientes de ideas que nada tenían que ver con las ideas y fuerzas totalitarias.

Los gobiernos que apelan al recurso persecutorio en nombre del derecho de la democracia a defenderse de los acechamientos del totalitarismo, parten de supuestos falsos y caen en los mismos vicios de los regímenes que pretenden combatir. Para ellos, las instituciones vigentes son intangibles, la estructura de la sociedad habría alcanzado poco menos que la perfección, el orden establecido resultaría casi intocable.

Su presunta defensa de la democracia equivale a la prohibición de superar sus fallas y de propiciar transformaciones económicas, políticas, culturales y éticas que alteren el "equilibrio" existente. De tal manera suelen convertir en delincuentes a quienes por su elevación de espíritu, su posición ideológica, su conducta y su actitud ante la vida podrían ser, deberían ser los más sólidos obstáculos contra todo lo reñido con la libertad y la dignidad humanas.

Si al intentarse o aplicarse una legislación de ese carácter aparecen claras conexiones con intereses políticos inmediatos, resulta bien evidente entonces que el escudo del antitotalitarismo o del anticomunismo sirve para encubrir sospechosas maniobras y oscuros designios. Este es el caso de la "ley de defensa de la democracia" elucubrado por el gobierno de Arturo Frondizi.

Toda la articulación de esa ley gira en torno al totalitarismo comunista y a "otros totalitarismos" que no se definen, no siendo aventurado interpretar semejante vaguedad como una amenazante "presión" de fondo electoralista contra los partidarios del ex dictador, es decir, contra aquéllos que dieron el triunfo en 1958 al actual presidente. También se acopla la muy elástica catalogación delictiva para quienes de alguna manera estén o actúen contra las instituciones y normas estatuidas por la carta constitucional.

Se hace referencia concreta en los fundamentos de la ley a los planes de "desarrollo" del gobierno, imputando a los comunistas su obstaculización y dando ejemplos como el de la lucha contra la "enseñanza libre", a pesar de que todos sabemos que la grandiosa campaña en defensa de la enseñanza laica movilizó contra la política oficial a los más diversos sectores opuestos a la entrega de la enseñanza a la Iglesia católica, de la misma manera que su plan económico, su política petroli-

fera, sus grandes negociados, etc., han merecido y merecen el repudio de la gran mayoría de la población del país. La ley serviría, pues, tanto para desencadenar la "caza de brujas" con más furor que el del propio "mackarthismo", como para perseguir o amenazar a cuantos estén o sean sospechados de estar contra los planes y actos del gobierno.

Dignos de tan "democrática" ley son las sanciones que impone y los procedimientos que autoriza para incoar investigaciones y procesos tendientes a castigar a los presuntos culpables. La serie es tremenda y supera en mucho otros intentos anteriores y las leyes represivas de los tiempos de la oligarquía conservadora. Basta citar algunas de las penas que estipula: cárcel hasta tres años, deportación de extranjeros, inhabilitación para la función pública, la docencia o la representación gremial, disolución de entidades. Basta también señalar el sistema inmoral que fomenta la delación, como lo refleja este fragmento: "...la investigación del delito podrá iniciarse por prevención o denuncia del Ministerio Público o de cualquier persona que hubiera presenciado su perpetración, o que por cualquier otro medio tuviera conocimiento cierto de esa perpetración". Se castiga con la exoneración al "funcionario público que teniendo conocimiento de actividades del carácter de las reprimidas por esta ley, desarrolladas en el ámbito de su competencia, no las impidiese". ¡Estupendo ejemplo de la moral cristiana y de la civilización occidental tan invocadas! ¡Delación forzosa para unos, invitación al espionaje y a la delación para "cualquiera"!.

Eminentes juristas y penalistas han señalado lo peligroso y absurdo del andamiaje en que se sustenta el proyecto oficial. Gente de los diversos campos han denunciado su esencia totalitaria. Han expresado que sería un arma discrecional contra la oposición, el movimiento obrero, la prensa independiente, las entidades populares, los núcleos ideológicos, contra cualquiera que disienta del gobierno o critique sus desaciertos.

Se ha dicho y repetido hasta el cansancio que las fuerzas totalitarias cosechan sus mejores frutos en las iniquidades sociales que afligen a la gran mayoría de la población, y cuyo origen debe buscarse en la estructura misma de la sociedad del privilegio y el lucro. La miseria y la angustia, la incertidumbre y la frustración, trabajan mano a mano con la ignorancia para aumentar el número de víctimas del mesianismo totalitario. Y son siempre los gobiernos que contribuyen con su política económica y social a agudizar los males propios del sistema capitalista, los que pretenden ahogar el descontento y la rebeldía popular con una legislación retrógrada, sumando a su insensibilidad ante el clamor público una miopía que sólo se explica por el interés político que los domina.

Se omite generalmente completar el análisis, al olvidar que el totalitarismo tiene también raíces nutricias de primer orden en el culto del poder, en la creencia en el Estado, en la fe en los líderes, en la mística autoritaria que cultivan con más o menos entusiasmo cuantos aspiran a conquistar el gobierno.

Hay que poner el acento sobre el carácter inalienable de los derechos y libertades que ningún poder puede arrebatar al pueblo y que se deben defender incluso contra las ficciones legales que pretenden consumir el despojo. Hay que impedir que las leyes liberticidas se sancionen. Si, pese a todo, se implantan, hay que proseguir combatiéndolas, hasta vencer.

La cortina ha caído sobre Berlín

por Agustín Souchy

Vivimos en un mundo paradójal. En el tiempo de la motorización y de la tecnificación creciente, de las autopistas y de los coherentes teledirigidos, del entendimiento de los seres humanos por la radio y la televisión a través de todas las fronteras y océanos, corre por el centro de la vieja Europa, cuna de la civilización occidental, la hermética línea divisoria que separa entre sí a pueblos y naciones que han estado durante milenios en contacto pacífico y estrecho y han practicado sin obstáculos el comercio y el tráfico. Entre Rostock, en el mar de Oriente, y Bratislava, en el Treiss, y más abajo hasta los Balcanes, el mundo está, por decirlo así, cerrado a fin de que del oriente nadie pase más allá y del occidente tampoco. Centenares, millares de kilómetros, y más están cerrados con alambre de púa electrizado, hasta se han levantado muros y se construyeron torres de vigilancia, donde guardianes armados exploran durante el día con prismáticos de largo alcance y durante la noche hasta fueron colocadas minas explosivas, para impedir que los pueblos fraternicen entre sí. Pero lo más paradójal de todo es que esta restricción de la libertad de movimiento se realiza en nombre de un ideal de la fraternidad humana. Si se está en la parte occidental, en la frontera de Alemania Oriental, en la checoslovaca o en la húngara, se ve al mundo del Este como un gigantesco campo de concentración, en el cual la preciosa medicina de la libertad, sólo se administra con cuentagotas, como por un frasco de farmacia. Ciertamente la libertad es un concepto elástico; sin duda alguna se abusó de ella siempre para fines indignos y nefandos; pero frente a la "swobody" encadenada en esta atmósfera de campo de concentración, la **freedom** occidental con su tradicional **laissez faire** aparece como un paraíso ideal.

Y si el viajero sin preconceitos pregunta para qué servirá todo eso, sólo encuentra una respuesta: dogmáticos fanatizados, que al mismo tiempo son dictadores codiciosos de poder, se han metido en la cabeza la idea de hacer "feliz" a la humanidad entera según sus propios cartabones, y por desgracia tienen un poder ilimitado para imponer su voluntad a los pueblos subyugados. Pero no todos quieren someterse y centenares de millares, inclusive de millones de seres, prefieren o preferirían abandonar su hogar para vivir en libertad en el extranjero. Para impedir la fuga de esas masas, países enteros son aislados de los vecinos con todos los obstáculos que ofrece la técnica moderna.

En esa cortina de hierro, sin embargo, había una brecha abierta, una gigantesca puerta de salida hacia la libertad. Era Berlín. Hombres y mujeres hicieron ampliamente uso de esa oportunidad singular. Tres millones y medio de personas han escapado en el curso de un decenio del este, a través de Berlín, hacia el oeste. ¡Desde el 1º al 13 de agosto solamente, lo hicieron 25.000! En estas cifras se expresa la infamia de nuestra época. Los millones de fugitivos no son capitalistas, no son burgueses, no son contrarrevolucionarios. Son gentes humildes, obreros y campesinos, ingenieros y técnicos, intelectuales y artistas, miembros de todos los grupos

de la sociedad. Entre ellos los hay creyentes e incrédulos, liberales y socialistas, y hasta comunistas a quienes la práctica dictatorial ha privado de sus ideales e ilusiones. Todos ellos cambiaron espontáneamente el "paraíso comunista" por el "infierno capitalista".

La crisis de Berlín no es sólo un problema para los estadistas, pues sus consecuencias pueden continuar gravitando en toda Europa y más lejos aún. No hay que olvidar que la ciudad alemana de Danzig suscitó la segunda guerra mundial. Lo que Danzig fue para Hitler, es Berlín para Khrushchev: una etapa en su camino hacia el dominio mundial. Las víctimas de la segunda guerra mundial no murieron por Danzig; tuvieron que sacrificar su vida para salvar a los pueblos del sometimiento bajo un dictador megalomaniaco.

El problema de Berlín tiene varios aspectos. Primero se trata de la libertad de movimiento dentro de la ciudad misma, libertad garantizada por los acuerdos de las cuatro potencias vencedoras de la segunda guerra mundial. En segundo lugar interesa el libre acceso a la Alemania occidental desde la Alemania oriental a través de Berlín occidental. En tercer término el problema de Berlín es involucrado en el problema de la reunificación de Alemania. Y en cuarto lugar aparece del modo más claro en Berlín la diversidad social de estructuras, la problemática de la coexistencia entre Oriente y Occidente.

Los dos primeros aspectos son trágicos. Ciertamente el occidente ha perdido una nueva batalla en la guerra fría por la supresión, de la libertad de circulación en Berlín Oriental. Esto sería sólo deplorable. La obstrucción del libre acceso a Alemania Occidental, a Berlín Occidental por las zonas de ocupación soviéticas podría ser quizás eludido nuevamente por un puente aéreo y de ese modo quedaría asegurado el *statu quo*. Pero la demanda de la unidad alemana y la coexistencia de dos sistemas sociales y económicos fundamentalmente distintos en el espacio de Berlín pone al mundo ante el más grave de los problemas.

La unidad nacional es el sueño de todos los alemanes en el este y el oeste. No obstante, hay que decir que la división de Alemania no es el peor de los males y la reunificación no significaría de ningún modo sólo una bendición.

Los alemanes occidentales apenas ganarían algo con el establecimiento de la unidad. Les va muy bien en la República Federal y la reunificación no podría mejorar su situación material y moral. Si se ofreciese a un alemán occidental la unidad alemana, o, como alternativa, una casita con un huerto, sin duda elegiría esto último. Las excepciones serían una confirmación de la regla. Tampoco la cultura alemana ganaría nada con la unidad nacional y militar. Como se sabe, la época clásica de la literatura y la música alemana corresponde a un período en que no había ninguna unidad alemana. Tampoco se debe olvidar que Austria y la Suiza alemana dieron considerables contribuciones a la cultura alemana, sin haber pertenecido al Reich alemán. Que el nacionalismo no es de ningún modo un estimulante cultural, lo ha demostrado Rudolf Rocker con gran honra en su libro **Nacionalismo y cultura**. Como postulado abstracto el nacionalismo no entraña ningún provecho, pero determina activamente la política de un pueblo, pues especialmente en su forma revolucionaria es expansivo y por tanto un peligro para los vecinos y para la paz. La unidad alemana surgida bajo Bismarck ha demostrado hasta Hitler ser

una amenaza para los pueblos vecinos. No es ningún milagro que los polacos, los checos y los rusos teman todavía hoy la unidad alemana, y tampoco los franceses están entusiasmados con ella. Cuando Proudhon exclamó: "Malheur au monde, si l'Allemagne tourne vers l'nuité". (¡Ay del mundo si Alemania vuelve a la unidad), no podía saber que sus palabras proféticas encontrarían una realización tan macabra en el Tercer Reich de Hitler.

Los alemanes mismos no están tampoco de acuerdo sobre la forma de la reunificación. Adenauer quiere la unidad alemana sobre la base de la democracia occidental; Ulbricht, en cambio, la quiere según el modelo oriental. Sin embargo, mientras en la Alemania occidental la población total tiene una concepción unitaria sobre el problema de la reunificación, muestra la fuga en masa desde los dominios del poder de Ulbricht, que la población de la zona oriental prefiere el estilo de vida occidental a una unidad forzada según el sistema oriental. La diferencia entre Alemania occidental y Alemania oriental es tan evidente que en un plebiscito en la zona oriental la inmensa mayoría de la población se decidiría sin duda por el Occidente, mientras en el Occidente sólo un muy pequeño porcentaje elegiría el régimen oriental.

El verdadero problema es por tanto, no la reunificación de las partes separadas de Alemania, sino el de la estructura social y el del régimen político. La gran alternativa es: **libertad o esclavitud estatal**. Por libertad no se entiende aquí sólo las elecciones democráticas para el parlamento, sino la ausencia de toda dictadura en política y economía, libertad de opinión hablada o escrita y libre derecho de organización, así como el derecho de los productores y de los consumidores a las cooperativas libres y a los acuerdos de toda clase. En Occidente existen esas libertades, aunque ciertamente todavía hay muchas cosas que necesitan ser completadas. En Oriente, en cambio, no hay nada de eso, y la obtención de esas libertades tendría por consecuencia el derrumbe inmediato del régimen de Ulbricht.

Pero esto es lo que teme Khrushchev. Berlín es una prenda política en manos del Kremlin. Lenin dijo una vez: El que tiene Berlín, tiene Alemania; y el que tenga Alemania tiene también Europa. Su discípulo Khrushchev ha tomado a pecho esas palabras. En los tiempos de Lenin Berlín era libre y Rusia débil. Hoy Berlín y la Alemania Oriental están bajo el control soviético, y Rusia es fuerte y poderosa. Los potentados rusos no cederán nunca voluntariamente su presa. La Alemania Oriental y el Berlín Oriental no sólo son importantes cabezas de puente para la estrategia del ejército rojo, sino también puestos avanzados de la **dictadura comunista** en la Europa Central.

Por eso no hay que esperar, en las condiciones dadas, una solución de la crisis de Berlín y del problema de Alemania.

Consecuencias del Estatismo

Por Victor T. Angueira Miranda

"El Poder tiende a corromper; el Poder absoluto corrompe absolutamente. — Lord Acton.

Muchos hombres ilustres, desde tiempos añejos hasta nuestros días, han sostenido y sostienen que los gobiernos no son otra cosa más que un mal apenas necesario.

Se supone que los hombres primitivos se reunieron en sociedad por sus necesidades: necesidad de domeñar las bestias salvajes; necesidad de encauzar, para su servicio, a las fuerzas de la naturaleza; necesidad de defenderse de otros grupos humanos; necesidad de dialogar, etc. Todo ello, movido por una super necesidad: la de dar satisfacción al constante afán de superación, condición inmanente de la especie humana y que sólo es realizable y concebible en el hombre reunido en comunidad. Pero luego, cuando esas agrupaciones crecieron y empezaron esas agrupaciones económicas y sociales, comenzaron a surgir entre los hombres las iniquidades, para combatir las cuales nacieron ciertas formas primarias de gobierno. Más tarde, los gobiernos propiamente dichas, manejados por un sinnúmero de funcionarios. Entences asoma ya la garra del predominio, hasta llegar a la calamidad contemporánea: el Estado omnipotente y omnisapiente, nutrido de fabulosos presupuestos y poblado de una absurda burocracia, verdadero pulpo que envuelve el cuerpo social de una nación asfixiando e inhibiendo la natural, espontánea y libre determinación de sus ciudadanos.

Debemos creer —si se nos acepta el optimismo— que estamos viviendo la última etapa de ese desarrollo del estatismo, aunque ésta se mueve aún en plano ascendente. Hemos llegado, así, a los estados totalitarios, al Leviatán de que nos hablara Hobes. Si bien después de la última guerra fueron aniquilados algunos gobiernos de ese tipo, surgieron otros, y, lo que es peor, en muchos aspectos el totalitarismo ha quedado enquistado en la política de muchos gobiernos del mundo. Hay una tendencia a dirigirlo todo. Falta que el Estado se apodere de todas las formas de producción y distribución de la riqueza para que se coloque en idénticas condiciones que los regimenes de la "cortina de hierro".

Si antes, en teoría, se pensaba que el Estado podía y debía intervenir en toda clase de actividades, y, en la práctica, estamos viendo el fracaso pleno de tal teoría, ¿qué se espera para iniciar el retorno? ¿No estamos todavía convencidos de que todo aquello que el Estado toca se deteriora?

Cuando triunfaron los laboristas en Inglaterra, inmediatamente comenzaron a estatizar algunas industrias y servicios públicos. Tan pronto como se inició el cambio, surgió el desastre. Los mismos laboristas empezaron poco tiempo después a revisar su política. Pero fue tarde: en las primeras elecciones el pueblo votó por la oposición. ¿Queremos algo más categórico?

Veamos ahora qué decían algunas de aquellas testas bien dotadas de que hablamos al principio, respecto del poder.

Repitamos, por su fuerza expresiva, las palabras de lord Acton: "El

poder tiende a corromper; el poder absoluto corrompe absolutamente"; Jefferson: "El mejor gobierno es el que gobierna menos"; Thomas Paine, aima de la revolución libertadora de Estados Unidos, inglés por añadidura y contradictorio destino: "Las sociedades humanas se formaron por sus necesidades; los gobiernos por sus iniquidades" . . . "Como la vestimenta del hombre, así también el gobierno es sólo un signo de la inocencia perdida". Hasta el Gran Capitán tuvo expresiones de fastidio en contra del poder, al expresar en cierta oportunidad. "Cuando tuve la desgracia de ejercer la función pública. . .".

Voyamos hacia la llamada extrema izquierda. Lenin: "Mientras haya gobierno no habrá libertad. Cuando haya libertad no habrá gobierno". Y podríamos citar infinidad de opiniones por el estilo. Pero vengamos más acá en el devenir histórico. Escuchemos la formidable filípica de Mussolini —antes de su conversión al fascismo— en contra del Estado. Dice así: "Con su monstruosa máquina burocrática el Estado da la sensación del sofocamiento. El Estado era soportable para el individuo mientras se contentaba con ser policía y soldado. Pero hoy el Estado lo es todo: banquero, usurero, propietario de casas de juego, rufián, naviero, agente de seguros, cartero, ferroviario, empresario, maestro, vendedor de tabacos y muchas otras cosas. El Estado, ese Moloch con rasgos espantosos, lo ve todo, lo hace todo, lo controla todo y lo arruina todo. Cada función del Estado es una desgracia. Si los hombres tuvieran sólo un pálido presentimiento del abismo hacia el cual se dirigen, crecería la cifra de los suicidios, pues vamos hacia el aniquilamiento completo de la personalidad humana. Para la vida humana el Estado no tiene ya secretos, no permite intimidad, ni en lo moral ni en lo espiritual. Todos los rincones han sido registrados; todos los movimientos, medidas; cada cual es encerrado en su oficio y remunerado como en una prisión".

Esto es lo más despiadado que se haya escrito en contra del Estado, en contra del poder. Y pensar que si alguna fantasía podía creerse que hubiera en esas palabras, el falaz se encargó desde el gobierno de hacerlas realidad y aún de "aumentar y corregir la edición". Rara avis es el hombre. . . Este caso nos dice hasta dónde el poder es capaz de arrastrar a los hombres a la corrupción.

Y no hablemos del Estado con pretensiones de impartir cultura, porque allí se vuelve presuntuoso y peligroso. ¿Cómo puede un minúsculo grupo dominante, el que maneja al Estado, siempre con tendencia de partido, crear la cultura de un país de 20, 40 ó 100 millones de habitantes? La cultura nace espontánea del seno mismo del pueblo, del conjunto humano todo, universal, con sus distintas opiniones y con la variedad infinita de matices del pensamiento en plena libertad de acción. Dice a este respecto Nietzsche: "La cultura y el Estado —no hay que engañarse— son antagónicos. Lo uno vive a expensas de lo otro. Todas las grandes épocas de la cultura son siempre de decadencia política. Lo que es grande, en el sentido de la cultura, es apolítico, incluso antipolítico". Y el escritor y filósofo alemán Rudolf Rocker, dice estas bellas cosas: "La cultura no se crea por decreto; se crea a sí misma y surge espontánea de las necesidades de los seres humanos y de su cooperación social. Ningún gobierno pudo ordenar a los hombres que fabricasen sus primeras herramientas, que se sirvieran del fuego, que inventasen el telescopio ni la máquina de vapor o que versificasen la Iliada. Toda forma

superior de cultura, en tanto que no está obstaculizada por los diques políticos en su desenvolvimiento natural, lleva a una continua renovación de su impulso creador. Toda obra alcanzada despierta la necesidad de mayor perfección. La cultura es siempre creadora; busca nuevas formas de expresión. Se parece al folloje de la selva tropical, cuyas ramas tocan la tierra y echan sin cesar raíces”.

Es ya tiempo de iniciar el retorno al Estado elemental, siempre administrador de la cosa pública y guardián de la soberanía.

El panorama del predominio estatal parece idéntico en todo el mundo; pero en estos países de Centro y Sud América, la deformación se agudiza. Obsérvese un poco en estos últimos años —y sobre todo en nuestro país— las derivaciones calamitosas en que va incurriendo el Estado, fuera de las conocidas pretensiones de convertirse en industrial y comerciante: burocracias gigantescas; banquetes y recepciones; viajes, no por una o dos personas, sino por legiones que se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales del planeta, la mayoría so capa de gestiones comerciales o económicas, haciendo, de paso, inútiles, costosas y lujosas embajadas; condecoraciones a granal, otorgadas con tanta continuidad y desaprensión que resultan una negación rotunda del sentimiento republicano y de la austeridad que señala, enseña e impone la democracia. Cuán lejos estamos en esto de aquel gran secretario de la Primera Junta —Mariano Moreno— que lanzó aquel célebre decreto en que fulminó los honores y la pompa de los gobernantes. Por un brindis público en favor de alguno de los componentes de aquella Junta, pidió nada menos que el destierro. ¡Oh, si resucitara...!

No se puede desconocer que está surgiendo actualmente un movimiento, una corriente de ideas para que gobiernen menos; y debiera ser preocupación de todo hombre de espíritu libre y democrático apoyar esa tendencia salvadora.

Sabemos que hay mucha gente que piensa que no es posible hoy, en los tiempos que corren, desarmar la máquina del Estado porque el pueblo quedaría inerte —dicen— frente al poderío absorbente y dominante del capitalismo. Creemos que es un error de apreciación acerca de la capacidad de organización y de autodefensa de los pueblos. En cuanto el Estado comience a reducir su esfera de acción, en ese mismo instante ha de empezar el ciudadano a recobrar su individualidad, su propio dominio, su iniciativa, su autodeterminación, preciosas condiciones todas inherentes al hombre realmente libre, hoy casi destruidas por el predominio estatal. Vale decir, que la capacidad organizativa del pueblo y su fuerza creadora, está en relación inversa con el grado de intervención del Estado.

Echemos una mirada hacia los países donde los gobiernos gobiernan menos, que los hay: Escandinavia, por ejemplo. Allí los pueblos acostumbrados a vivir con un alto grado de independencia personal, y sin duda por eso, poseen una condición de primer orden para la defensa de sus intereses: el espíritu de colaboración. Una prueba evidente de ello lo dan el desarrollo y el extraordinario poderío de su vida cooperativa. ¿Han orrollado allí los monopolios la capacidad defensiva del pueblo? Absolutamente, no. En Suecia, por ejemplo, las poderosas cooperativas mayoristas (Kooperativa Förbundet) han dado por tierra con diversos monopolios, como los muy conocidos de la margarina, de las lamparillas eléctricas,

etcétera. Bástenos decir que la mitad de la población sueca se halla ligada a cooperativas.

Es indudable que el extraordinario desarrollo de la vida cooperativa en esos países es una fuerza ponderable que favorece la vigencia del justo precio, nos da derecho a pensar que ello sea una de las cosas que contribuyen a mantener la paz social casi permanente en que viven.

Lo dicho es una prueba más de que el espíritu de colaboración es innato en el hombre. No necesita del arriero del Estado, e incluso salta a veces por sobre sus barreras y se une fuera de ellas, impulsado siempre por el afán permanente de vivir mejor. Y aquí, en nuestra ciudad, citaremos un ejemplo simple y vivo: el municipio provee el alumbrado público; sin embargo, surgen por doquier los "amigos de las calles" y deslumbran al vecindario con iluminación "a giorno".

El Estado debe ser, pues, un ente puramente pasivo, estático. La actividad, la iniciativa, el dinamismo en una palabra, debe corresponder a ese otro ente que se llama pueblo. Si el Estado quiere intervenir en todo, está en competencia con sus ciudadanos, está robándole oportunidades; está interfiriendo su iniciativa; está cortándole las alas al vuelo libre de su imaginación, de su ingenio, de su talento. Y, lo que es peor, el pueblo se acostumbra a marchar de la mano del Poder, debilitando su personalidad, haciéndose irresponsable y proclive a buscar el andador de un "hombre fuerte" que supla la pérdida de su voluntad.

¿Y la amenaza permanente de un estallido armado en el mundo, verdadera espada de Damocles que pende sobre la entera humanidad, no es acaso una lucha de poderes? El hecho de que la vida del mundo esté en manos de cuatro o cinco gobernantes, y en ocasiones de uno sólo, ¿no es la demostración más categórica de que el poder estatal se ha salido de madre y de que es urgente cercenarlo de alguna manera?

El centralismo del Poder ha dejado fuera de acción el control del pueblo. Aquél está ya muy "alto" para que el pueblo pueda verlo funcionar y actuar. El Estado descomunal es, pues, el error más funesto de la democracia. Es la antidemocracia. La verdadera democracia está en el municipio, que es su célula primigenia. Allí el gobierno está cerca y "bajo", a la altura de la cabeza del pueblo y al alcance de su mano y de su vista. En eso tendríamos que aprender todavía, aunque parezca mentiro, de la Edad Media. La comuna medioeval era el centro de la vida social, y se apoyaba esencialmente en lo social. Sabemos de fraternidades, de gildas, de alianzas de ciudades, de comunidades eclesiásticas, y de innumerables asociaciones que nacieron espontánea y libremente del mutuo acuerdo de sus ciudadanos, sin depender para nada de poderes centrales, que ni siquiera existían.

Qué feliz sería el hombre si pudiera reconquistar su pristina libertad perdida entre montañas de papeles, planillas, declaraciones, leyes, decretos y reglamentos creados por la moderna burocracia. Y se nos ocurre pensar, en este momento, cuán delicioso sería para los ciudadanos de un país cualquiera poder leer, un día, en las columnas de su prensa una noticia de esta factura: "Han pasado a la categoría de los recuerdos los golpes de estado o los "planteos" a que solía verse sometido el Presidente de la República. Y como signo afirmativo de esta nueva época, nos place informar que en la semana termina el señor Presidente no ha concurrido a su despacho por carecer totalmente de quehaceres".

Y a la par de todas las trabas a las libertades que surgen del macro-estatismo, ¿quién puede negar que la humanidad está sufriendo un período de decadencia moral ocasionada por un crudo materialismo, y que esa decadencia encuentra también una abundante fuente nutricia en los excesos del Poder, ya que éste se desenvuelve en ámbitos de fausto y brillo, de poderío y predominio, donde no faltan funcionarios con enriquecimientos relámpagos, todo lo cual despierta en los gobernados el deseo de alcanzar parecidas condiciones de sibaritismo?

Y para terminar diremos que si el mundo retomara a la vida comunal libre e independiente, semejante a aquellas ciudades de la antigüedad griega, calificadas por los escritores como verdaderas "repúblicas urbanas"; si el federalismo, en todas sus formas, tuviera vigencia plena; y si fuera posible, así, romper la espesa maraña del centralismo asfixiante del Poder, tal vez pudiera levantarse en el horizonte de nuestras esperanzas la estrella luminosa de un nuevo Renacimiento: el del hombre liberado de la tutela del Estado y en pleno reencuentro con su personalidad. En esas condiciones, y apoyado por los enormes adelantos de la ciencia y de la técnica modernas, sería capaz de volver a poner en marcha su comprimido y casi destruido espíritu de colaboración, dedicándose, así, a lo humano, a lo social, y desarrollar en plenitud de capacidad la fuerza creadora de su pensamiento que lo ha de llevar definitivamente a la conquista de una cultura superior y a la organización de un mundo de orden, de sosiego y de paz, haciendo posible un estilo de vida fresco, alegre y libre, destino que la raza humana viene buscando desde que el hombre desprendió las manos del suelo y se puso de pie sobre la tierra.

Notas a un viaje por Bolivia: La tragedia del Colla

Por el doctor René M. Aguirre

Cada país suele tener rasgos que impresionan la atención del viajero con preeminencia sobre los restantes. Serán tal vez las pirámides para quien anda por Egipto o la selva y sus leones para el explorador del Congo. Si el lector de estas "Notas" me pregunta sobre lo más "notable" que yo advierto en Bolivia, le confesaré que ni su paisaje ni sus ciudades han trastornado mi sensibilidad. En cambio, mi sorpresa ha sido superlativa ante el espectáculo de una tragedia humana: la del colla.

Este aborigen del altiplano cuya cultura racial apenas tuvo tres siglos de pujanza creativa, hoy continúa la triste estela de su decadencia, inerte ante las incitaciones verbales y reacio a integrarse al progreso. Sucesivamente esclavizado por el inca, por el español, por el latifundista, por los caudillos políticos y por los imperialismos foráneos, todavía ambula sin osomos de sacudirse el yugo servil, sin reaccionar contra las circunstancias opresoras que le muerden el Destino.

Es una experiencia interesantísima —pero también dolorosa— el acercarse a su mundo para escudriñar la fisiognómica de su alma. Allí uno lo ve acurrucado en un cubil miserable, vestido con un ajuar tal vez idéntico al que usaba cuando llegaron los españoles; uno lo ve excesivamente sucio, sorbiendo una pitanza incomible, fácilmente expoliable por negreros sin corazón; uno lo ve silencioso, apático, como fantasma al cual hubiesen hurtado la personalidad. Uno lo contempla así, comba su espalda sobre la gleba infiel, y ante esta curvatura que es una actitud simbólica de un vivir degradado, cae un doble espanto sobre el espectador. Un espanto por la realidad que a este pobre hombre toca sufrir, y otro espanto —más intenso todavía— porque este desgraciado parece hallarse muy a gusto con su desgracia, con la suerte que otros le obligaron a llevar. Y tras el espontable descubrimiento una sospecha acude a la inteligencia del testigo: que alguna misteriosa tragedia debe acoger al colla, y que algo misterioso también, debe ser culpable del hecho trágico.

Si continuamos viendo, advertimos en torno a su figura cierta atmósfera de mansedumbre, de servil acatamiento, que al desprevenido extraña, luego irrita y finalmente ocasiona un sentimiento compasivo.

No llora ni grita ni blasfema contra las externas potencias torturantes. Y sin embargo, sufre, sufre. Sufre miserias, vejámenes, postergaciones, injusticias. "¡Cállate!", le dijeron con el látigo durante siglos. Y él ahora sufre callado; enmudecida la lengua, cobarde el corazón, sin tentar un mínimo contraataque con su pochorriente musculatura. Entonces le convencieron que el sufrimiento es parte inexcusable de su vida, que es inútil rebelarse contra lo que **debe** aceptar. Y tan bien aprendió esta

* Fragmento de un estudio remitido por el autor especialmente para "Reconstruir", desde Cruz del Eje, provincia de Córdoba.

inicua lección que aún no puede olvidarla. Con el órgano de su voluntad enmohecido, él acepta todo: **conformista y fatalista**, sin hacer distinciones entre la tiranía mandada por los dioses y la opresión impuesta por sus verdugos terrestres.

• • •

¿Por qué el colla no participa de la civilización occidental? ¿De dónde proviene su sistemática autoexclusión? ¿Qué le tironea hacia sus ancestros fosilizándolo en un pretérito distante?

Estas preguntas son graves, serias. Muy graves, muy serias. Estas preguntas anduvieron royéndome por dentro desde que llegué y pude palpar la realidad social de este país. Como ignoro si el lector ha captado toda la importancia de la tragedia colla para Bolivia entera, pasearé frente a sus ojos algunas cifras interesantes.

En naciones americanas cuales Argentina y Estados Unidos —para no citar más que a dos entre varias similares—, la indiada superviviente a la conquista del europeo es microscópica, despreciable en número. Podríamos hacer caso omiso de sus necesidades, de su existencia y ocuparnos exclusivamente del resto. En el altiplano sucede al revés. El núcleo autóctono predomina. Las estadísticas informan que lo microscópico aquí es el número de descendientes de europeos. ¡Apenas un 14,6 % del total!... Los collas puros suman un 54,5 % y los mestizos 30,9 %.

¿Qué significa esto? Sólo puede significar algo alarmante. Significa de entrada que de los tres millones y medio de habitantes, el número de gente sana, permeable a la cultura y con aptitudes progresistas, no supera los quinientos mil, no alcanza a la séptima parte. Los demás constituyen una abrumadora mayoría vegetante, inepta para pensar, para aprender, para efectuar tareas especiales. Es una masa imperfectible; es lastre, peso muerto, carga inútil. Aquella "élite" dinámica, creadora, deberá portarla sobre sus hombros y absorber sus necesidades si quiere que la nación continúe marchando.

Índice elocuente de lo dicho es el porcentaje de analfabetos: 68 %... Con sólo 32 % de personas que leen, una comunidad moderna no puede llegar lejos, ni superar con éxito sus dificultades domésticas, ni pretender sacudirse el vasallaje de los colonialismos extranjeros.

Por eso me atrevo a decir que la tragedia de Bolivia es la tragedia del colla.

• • •

Lo primero que acude a la mente del estudioso del mundo colla es la sospecha de hallarse ante una **raza inferior** a la nuestra. Un "caso perdido" etnológico, destinado fatalmente a desaparecer por incapacidad congénita de evolución.

En las circunstancias actuales pareciera ser así. Pareciera que de continuar todo como hasta ahora, en cuanto a los factores incidentes que modelan la reactividad del indio, éste continuará su decadencia.

Mas, creo que desterrando las causas incriminadas como culpables, obligándole a un cambio de hábitos y embebiéndole con enseñanzas, al cabo de unas generaciones podrá rescatar su personalidad desvanecida. Recordamos que no siempre fue tan escaso: un espíritu feraz nutrió sus

días de Tiahuanaco, cuando era ejemplo de los restantes pueblos del continente.

No existen las razas taradas para siempre ni las obligadamente geniales.

Cuando el naturalista Azara vino al Paraguay, de regreso a París llevó unos niños guaraníes para educarlos. Estos, cuya ascendencia había sido siempre bárbara, en pocos lustros se graduaron con títulos universitarios; ¡mientras miles de parisienses, con una prosapia intelectual deslumbrante, vagaban absolutamente incultos!

* * *

Conviene señalar también los efectos que el medio natural impone en las reacciones psicológicas, y hasta en la biología del individuo. "El altiplano posee una geografía particularizada por la altura. Un nivel sobre el mar de aproximadamente cuatro mil metros. En esta situación los fenómenos vitales toman características distintas a las de planos más bajos. Además de los trastornos oxigenatorios sanguíneos de la presión atmosférica descendida, cabe recordar el importante papel de las radiaciones. Nosotros aquí los soportamos gracias a la atmósfera que envuelve la tierra, la cual obra de filtro y freno a sus impulsos. A medida que se asciende esta capa protectora deviene menor y el bombardeo radiante comienza a trastornar los organismos. De ahí que el clima de alta montaña sólo permita ciertos seres aptos para la supervivencia.

Si tal acontece en la esfera somática, ¿qué influencias psíquicas habrá sobre residentes cuya estadía alcanza un lapso de milenios? Hoy no podemos decir gran cosa. Son conocimientos en pañales, recién haciéndose, que requieren laboriosas observaciones para expedirse con rigor científico. Sin embargo, es lógico sospechar que alguna parte de culpa ha de tener este ambiente en el carácter del colta.

Otro factor no desdeñable es la opresión multiseccular. Desde el año 1200, en que Máyta Cápac conquistó a Tiahuanaco, este pueblo se ha visto en trance de soportar dominadores. Todos a su turno sorbieron sangre y trabajo al desgraciado indio de Bolivia. Todos lo han manoseado, ofendido, engrillado, mordido. Todos lo trataron como bestia infrahumana, a la cual es lícito esclavizar y hasta matar.

* * *

Los factores expuestos —raza, ambiente y esclavización—, constituyen un patrimonio hereditario de cuyo largo influjo el colta actual difícilmente podría desprenderse.

Sin desmerecerlo, subrayaré mis palabras al referirme a un causal más directo, peligroso, degenerativo y abominable. El que no obstante la gravedad de su acción, por feliz coyuntura es más posible atacar y vencer con una política inteligente.

Estoy hablando de la **toxicomanía crónica** padecida en las masas bolivianas por consumir **coca** desde fecha inmemorial.

Las hojas de esta planta se ingieren por tres efectos fundamentales que su alcaloide —**la cocaína**— ocasiona en el organismo.

El primero se localiza a nivel del estómago: una anestesia de la mucosa gástrica; quita el hambre, la necesidad de comer.

El segundo consiste en una vigorosa estimulación del sistema nervio-

so central: anula el cansancio permitiendo largas jornadas de esfuerzo.

El último de los efectos es encantador para el toxicómano. Le brinda una euforia, un paraíso placentero al cual no llegan nuestros males corrientes.

Con la triple acción cocaínica el nativo obtiene tres portentosos milagros: economía alimenticia, insólito vigor para los trabajos forzados impuestos y escape a un trasmundo delicioso. Pero toda milagrería es sospechosa de burdo embaucamiento, y la naturaleza no tolera que se la engañe; no acepta que se la estafe con la superchería de los alcaloides. Ello hará pagar con creces al enviciado aquellos dones enajenatorios. No cuesta averiguar de qué manera.

Desde ya colegimos que este pueblo tuvo una historia de carencias nutritivas. Avitaminosis, disproteinemias y déficits minerales habrán corroido su arquitectura orgánica degenerando visceras, empobreciendo mentes y acortando la capacidad vital. Luego de siglos y siglos de dieta mezquina resulta lógico el hallazgo de individuos minusvalentes.

El segundo de los efectos de la droga agrava lo anterior. Este hombre en inferioridad física por una alimentación insuficiente tampoco descansa lo necesario. El latigazo químico expulsa su fatiga, agujonea su débil tesón, galvaniza su musculatura; le impele a seguir esforzándose, a gastar sus reservas biológicas, a ir más allá de su capacidad vital ya exangüe. Como a toda excitación sucede un estado depresivo, después de concluido el segundo acto de la experiencia cocaínica aparecen estu-pores enervantes. Hay cansancio por cualquier cosa, un entorpecimiento y una disminución de las reacciones. Voluntad nula y pasividad extrema.

Estamos acercándonos al retrato del colla actual. Pero falta algo todavía; algo grave y trascendente.

Dijimos que el tercer efecto lo instala en un paraíso. Pues bien, semejante existir entre brumas felices donde no se sienten los rasguños del contorno, donde no hay conflictos y aflicciones, conduce a ignorar el mundo. Conduce a ignorar las emergencias reales que nos reclamen cotidianamente. Conduce al escapismo, a la desertión de esta lucha que es la vida; a un vivir inauténtico, a un zoológico vegetal. Del verdadero hombre queda así una carátula; alguien incoloro e incapaz de hacer su existencia. Un ser que se desentiende de su destino y permite a otros que se lo establezcan.

• • •

Ahora sí, podemos anudar aquellos enigmáticos cabos sueltos y entender mucho de su íntimo secreto.

Desde que nace él vive sin luchas, evadido del campo problemático y desconociendo obligaciones solicitantes. Nosotros lo habíamos compadecido tras el asombro y la irritación que nos causara su descubrimiento. Pero cómodo, feliz con su morriña, con su pachorra, con su milenaria borrachera, él quizá goza más que nosotros así embrutecido y embotado.

Ahora sí, nos explicamos aquellos extraños perdimientos. El ambula, merced a la superchería de la droga, sin acongojarse como nosotros por la tenaza del presente, sin hacer caso a las angustias que nos envenenan el futuro. Por instinto práctica el consejo de Haracio: ¡Vive el minuto actual!... ¡y nosotros lo compadecemos!

Porque dentro de su orbe degradado él no tiene en cuenta, no pasa;

está detenido desde no sabemos cuándo. El tiempo de la existencia humana es un producto de la lucha vital: pasado, presente y futuro son etapas biográficas en relación con nuestro quehacer, con nuestros fracasos e ilusiones. Pero el colli no lucha ni fracasa ni se ilusiona. Y no lo hace precisamente porque no necesita hacerlo. Él **tiene todo**. Pareciera que durante el sonambulismo cocainico su ser arriba al Nirvana, al codiciado término de la metempsicosis donde los desos están ausentes, donde un quietismo máximo destierra cualquier acción. Imposible conseguir más.

En ese caso, ¿para qué cambiar? ¿Para qué esforzarse en comprender al blanco, tan inquieto y lleno de complicaciones? ¿Para qué atender los devaneos de la moda si el vestido de hace quinientos años sigue siendo útil? ¿Para qué leer? ¿Para qué pensar? ¿Para qué enterarse del progreso? ¿Para qué oponerse al conquistador? . . . Más resulta un aislamiento dentro de los muros de la tradición. Más resulta ignorar todo lo que incite peligrosamente a un abandono de este paraíso. . .

Sí, no lo dudemos. En su idiocia tóxica él vegeta gozoso con su ataraxia oriental. De ahí el fatalismo y el conformismo a las circunstancias que permiten un sojuzgamiento fácil para los extraños. Nosotros le habíamos reprochado su falta de "pathos" y su actitud sin esperanzas. Pero tales reproches carecen de justificación: sólo se apasiona quien anhela algo; sólo alienta esperanzas quien, queriendo algo también, cree en la posibilidad de un futuro distinto. Mas él está conforme en su mundo con lo que tiene, y no se preocupa del mañana porque —con su lógica intemporal— **lo sabe** idéntico al presente que está viviendo y al pasado que vivió.

Nosotros —¡pobre nosotros!—, nosotros en cambio sentimos una angustia que nos tortura ante la incertidumbre del porvenir. Nosotros gastamos nuestra existencia tratando de resolver problemas que de continuo exigen rápida respuesta, que nos acucian a tomar una elección urgente para sobrevivir. Y no conformes con actuar, con resolver y elegir, nos despellejamos el alma por **entender**, por trocar el **caos absurdo** que nos rodea en un **cosmos inteligible**, lo que constituye **la Cultura**.

El colli no resuelve ni elige ni actúa por sí nada. Ni la justicia, ni la verdad, ni la belleza, ni la moral, ni la política, le afectan. Porque aquella planta milagrosa le ha resuelto todo y ha elegido por él. Es un curioso caso de tiranía del vegetal sobre el animal.

Tanto sufrió anteriormente que el umbral de su sensibilidad se halla en exceso descendido. Ahora casi no siente el mordisco de las injurias. ¿Alguien pretende zaherirlo, ofenderlo, agobiarlo? . . . ¡Qué importa! ¡Él tiene el secreto para cumplir con sus expoliadores por más faenas que le impongan! ¡Él aprendió de una vez por todas a inclinar mansamente la cabeza sin rebelarse, sin sentirse desgraciado, porque **su mundo** no consiste en este mundo penoso que las demás conocemos! . . .

* * *

Yo llamaría a la coca "la maldición de Bolivia".

Lo creo culpable en altísimo grado de la degeneración del carácter, de la eunucoide tendencia a la sumisión, de la poda de los tentáculos de la voluntad. Yo la acuso de haber castrado el espíritu a todo un pueblo. Yo la acuso de la conspicua oligofrenia advertible en sus masas.

Cuando los japoneses invadieron y sometieron a China —en una de

las tantas guerras que hubo entre ambos países— con pérfida astucia obligaron a la población derrotada a cultivar la **adormidera**. Luego fomentaron el hábito a consumirla. El **opio** —alcaloide de esta planta cuyos efectos son algo similares a los de la cocaína— vino así a ser para el Japón un diabólico aliado. Embruteció a los chinos, quitándoles por mucho tiempo el interés en liberarse.

En una conversación que sostuve con amigos bolivianos, mencioné mis opiniones sobre este problema de tan inmensurable trascendencia.

Y, entusiasmado con la experiencia del presidente turco Mustafá Kemal Atatürk —que a principios de siglo occidentalizó por decreto a su país, con leyes que iban desde la prohibición al uso del velo en la mujer hasta el reemplazo de la escritura arábiga por la latina—, se me ocurrió finalmente insinuar:

—¿No sería posible que el gobierno tomase medidas drásticas para combatir la toxicomanía? Si ordena arrasar todas las plantaciones de coca existentes, castiga el consumo y la venta, al cabo de una generación quizá tengan ustedes masas sanas, con mayores aptitudes para ingresar al mundo civilizado. Entonces, el futuro de Bolivia, tan nebuloso ahora...

—¿Cómo?... me interrumpió uno de los presentes. ¿No sabe usted que nosotros producimos mil toneladas de coca por año? La vendemos a todo el mundo. Reporta muchísimos dólares. ¿Cómo vamos a desperdiciar una mina de oro semejante!... *

Así piensan algunos en Bolivia. Ojalá no sean todos.

* Muy elocuentes sobre los graves problemas que plantea este trabajo, han sido los hechos ocurridos con motivo de las recientes denuncias sobre contrabando en gran escala de alcaloides, formuladas por el diario "La Razón", el vicegobernador y un diputado de la provincia de Salta; altos funcionarios del gobierno de Bolivia y de la citada provincia argentina fueron acusados de estar envueltos en el turbio comercio de drogas, siendo uno de los imputados el vicepresidente boliviano Juan Lechin. El Dr. Walter Guayana Arca, exilado en Chile, jefe del sector separado del M. N. R., que encabeza Paz Estensoro, ha declarado (Santiago, 22 de setiembre, United Press): "Innumerables funcionarios y personeros de la maquinaria política que oprime y explota a mi país se encuentran ahora envueltos en el escándalo internacional de la fabricación y el tráfico clandestino de cocaína" (Nota de Redacción).

La muerte de Camilo Cienfuegos*

Por el capitán Roberto de Cárdenas

Roberto de Cárdenas es un antiguo combatiente de la columna 14 de las fuerzas que insurgieron contra la tiranía de Batista en Cuba. Tiene 41 años de edad y ha sido piloto de la Compañía Cubana de Aviación, en cuya categoría cruzó descientes cincuenta veces el Atlántico. Fue amigo del difunto Camilo Cienfuegos, a quien ayudó en su acción revolucionaria. Hizo estudios militares en la Academia de Luisiana; al retirarse de la aviación se dedicó a la agricultura. La hacienda de Roberto de Cárdenas sirvió de escenario para la acción que derribara la tiranía de Batista. A través de esa acción de Cárdenas trabó íntima amistad con el guerrillero que debía parecer asesinada por el jefe de la revolución. Así lo establece de Cárdenas en el libro que aparece con el título "Yo acuso a Fidel". Como una primicia damos a nuestros lectores uno de los capítulos destinados a conmover la opinión americana.

COMO CONOCI A CAMILO CIENFUEGOS

Camilo bajó de la sierra y se estableció en mi finca de arroz, en la provincia de Oriente, situada entre las poblaciones de Manzanillo, Tunas, Bayamo y Holguín. Después de una conversación con Camilo, se dispuso usarla como cuartel general.

Allí se creó la columna 14. Yo quise quedarme allí, pero se me encargó la sección de espionaje de esa columna y tuve que regresar a La Habana. En la finca se estableció también una estación de onda corta y un sistema de radiocomunicaciones, convirtiéndose así en un centro de comunicaciones. De la finca se tiraron alambres soterrados a ciertos lugares cercanos y se establecieron talleres donde se fabricaron diversas armas.

Allí se dio la primera batalla en el llano, la batalla de "La Estrella".

LAS TENDENCIAS COMUNISTAS

Por ciertos detalles, algunos nos dimos cuenta de las tendencias comunistoides de Fidel y una noche, en el mes de septiembre de 1958, celebramos en mi finca una reunión a la que asistió también Camilo, en la que acordamos que a la primera manifestación comunista de Fidel, haríamos todo lo posible por destituirlo.

En una de mis visitas al Cuartel General de Camilo, y ya siendo miembro de la Fuerza Aérea Rebelde, supimos que el comandante Félix Torres, un destacado comunista que se encontraba a cargo de la provincia de Las Villas, estaba dándose gusto allí con procedimientos comunistas.

* Publicado en "Vanguardia", de Lima, Perú. Roberto de Cárdenas era jefe de la base aérea de Camagüey al producirse la misteriosa desaparición del comandante Camilo Cienfuegos, después de la detención de Húber Matos.

Esto molestó muchísimo a Camilo y yo estaba presente cuando llamó a uno de sus ayudantes y le dijo: "Reúne un grupo selecto de mis hombres y ve a Las Villas en seguida a traerme ese comunista, hijo de tal por cual, muerto o vivo. Si creen que van a convertir esta revolución en comunismo, están equivocados, por lo menos mientras yo esté vivo".

EL CASO MATOS

Cuando ya Húber Matos había decidido renunciar y nos imaginábamos cuál habría de ser su suerte, a las siete de la mañana del día 21 de octubre de 1959, Camilo llegó a Camagüey, en cuatro transportes, con la crema de sus tropas. Tuvimos una corta conversación. Su principal preocupación era cómo habría de soportar Húber Matos su odisea. Me dijo:

—Ya estoy cansado de Fidel y de todo el 26 de Julio.

Camilo fue a ver a Húber Matos a su casa y lo primero que éste le dijo fue que era una locura haberlo ido a ver cuando era el próximo en la lista de purgas de Fidel. Camilo respondió que ésa era la única manera que tenía de salvarle la vida a Húber, pues si hubiera llegado Fidel primero hubiera hecho que la pleble arrastrara a Matos.

Cuando Húber Matos fue llevado prisionero para La Habana, Camilo me llamó en seguida y me pidió una lista de mis hombres, así como las cosas que yo más necesitaba. Me dijo que se ocuparía de eso. Camilo se pasó un par de días en Camagüey arreglando las cosas y dejando al capitán Mendel Sierra al mando del Ejército en la ciudad. Salió de Camagüey el viernes 23 de octubre, diciéndome que volvería al día siguiente o al otro. Camilo no regresó hasta el domingo 25. Me mandó buscar en seguida y tuvimos una larga conversación con otros oficiales cuyos nombres no puedo divulgar ahora. Le di una lista detallada de aquello que más falta hacía, especialmente armas. Partió de nuevo el lunes 26 de octubre, diciendo que regresaría al día siguiente.

En este segundo viaje se pasó toda la tarde conmigo y después de conversar y bromear con los soldados fuimos hacia el aeropuerto donde esperaba su Cessna 310, licencia 53. Pedí un reporte sobre el tiempo para el trayecto, así como para la base de La Habana durante su estimada hora de llegada a la capital. El pronóstico del tiempo no era nada bueno y yo no quería que Camilo hiciera el viaje en su pequeño avión. Le dije que prefería que tomara un avión de la Compañía Cubana de Aviación, a lo cual me replicó que accedería a ello si podía llevar diez de sus mejores hombres con él. Le dije que lo intentaría pero no logré meter a tanta gente en el avión de la Cubana que ya estaba bastante lleno. Me respondió entonces que no viajaría así solo, porque estaba seguro de que existía un plan para secuestrarlo. Esto me sorprendió enormemente y le pregunté por qué pensaba así. Me respondió que él lo sabía y que eso era todo. Por primera vez desde que lo conocía lo ví disgustado y preocupado. También me dijo:

Esta fue la última vez que yo ví a Camilo.

LA DESAPARICION DE CAMILO

Preocupado por las condiciones del tiempo y por lo pequeño del avión, permanecí en las oficinas de la base aérea y le di instrucciones al departamento de comunicaciones para que me mantuviera constantemente informado del vuelo de Camilo. Así lo hicieron. Cuando ya tuve la seguridad de que había llegado a La Habana a salvo, fui a mi casa a comer y dormir.

Debo repetir que Camilo salió en este segundo viaje el lunes 26 de octubre, diciéndome que regresaría al día siguiente, martes 27, para tener una conversación final conmigo después de entregarme las armas. Al día siguiente, martes 27, recibía una llamada telefónica en mi casa, temprano en la mañana, ordenándome que enviara dos camiones de la base a un lugar determinado, a recoger un cargamento de armas. Tomé mi pisticorre; me encontré con los oficiales en el lugar acordado, donde los camiones llegaron poco después.

El oficial que estaba al mando me hizo saber que Camilo había ordenado que se me entregara ese cargamento y que no debía regresar sin yo haberlo recibido. Entre otras cosas se me entregaron 2 ametralladoras Browning, calibre 30, enfriadas por aire; más de 50 granadas nuevas; un lote de armas de mano; 50.000 cápsulas calibre 50; 30.000 capsulas calibre 30 y muchas otras cosas, granadas de mano, etc.

Inmediatamente regresamos a la base y esa tarde recibimos telegrama del Cuartel General de La Habana firmado por el capitán Verdaguer diciendo que el avión de Camilo tenía problemas en su motor izquierdo y que éste no podía llegar hasta el día siguiente, miércoles 28 de octubre.

Esperé al día siguiente, pero ya la cosa no me gustaba. Estaba nervioso. El miércoles 28 de octubre llegó a Camagüey el avión de Camilo, como a las dos de la tarde, muy misteriosamente. Supuestamente dejó a Camilo allí, solo, y el avión siguió hacia Santiago de Cuba. Yo pensé que él me llamaría después y confié en esto, puesto que el objetivo principal de su viaje era darme las instrucciones relacionadas con nuestro próximo paso.

Esperé en las oficinas de la base y allí me enteré que el avión había salido hacia Santiago de Cuba, había despegado de Santiago de Cuba a las cuatro de la tarde, descendido en Camagüey y despegando nuevamente hacia La Habana con Camilo supuestamente a bordo, esa misma tarde a las seis y un minuto. Todo me excitó. ¿Por qué Camilo había venido y no se había puesto en contacto conmigo? En esto había algo raro. Después de las ocho de la noche, la hora estimada de su llegada a La Habana, empecé a mandar cables oficiales demandando que se informara de la hora de llegada de su avión a la Capital. Aproximadamente a medianoche, finalmente, me respondió el capitán Verdaguer: "Este asunto no es de su incumbencia; por favor, no pregunte más".

Esta respuesta me decidió e inicié investigaciones inmediatamente. Averigué que nadie en el aeropuerto había visto a Camilo a bordo del avión. Hablé con los mecánicos, con todo el personal de tierra. En una forma u otra la avioneta había salido muy precipitadamente, muy misteriosamente y nadie había visto a Camilo.

Todos los pilotos sabemos que al primer indicio de mal tiempo nuestro primer pensamiento va al combustible. ¿Tendremos suficiente para el

alternante? ¿Tendré suficiente para llegar? ¿Me permite mi cargo llenar los tanques? Evidentemente, de todas mis investigaciones resultó que se le hicieron todas estas preguntas al teniente Farinas y que su respuesta fue siempre la misma: "No importa, tengo suficiente combustible".

Desde luego que tenía suficiente combustible, pero no para llegar a La Habana. ¿A dónde entonces? El operador de guardia en la torre de control en el momento en que despegó la avioneta me informó que lo hizo usando la pista 07 y que entonces giró a la izquierda después de despegar y allí tomó rumbo a unos 260 grados. El propio Fidel trató de demostrar después una teoría absurda, en uno de sus "Shows" por televisión, de que después del despegue el piloto había tomado un rumbo de 320 grados. Esto lo trató de confirmar con la información de un buque español que dijo haber visto los colores del avión volando sobre él en medio de una tormenta, nada menos que a una altitud de 3.000 pies y a las siete de la tarde. (La puesta del sol ese día fue a las seis y cinco). Desde luego que el operador de la torre de control no ha podido prestar testimonio en ese sentido, pues ha sido desaparecido de la circulación. Se dijo por algunos campesinos que oyeron el avión a las seis y media, aproximadamente, sobre el central Punta Alegre y de acuerdo con la información del barco español, con su posición establecida en ese momento, se señalaba un rumbo de 320 grados, lo cual significaba que estaba perdido en el mar, contradiciéndose así ambas informaciones.

LA MUERTE DE CAMILO

En realidad lo que había sucedido era que Camilo había sido muerto por el propio Fidel en el Palacio Presidencial, aproximadamente a las nueve y media de la noche del 27 de octubre, día en que se celebró el mitin para pedir el fusilamiento de Húber Matos.

Pepita Riera se encontraba presente en el Palacio Presidencial durante la concentración donde las masas fueron excitadas a pedir el fusilamiento de Húber Matos. Hablaron Fidel, Raúl y Almeida a la multitud. Camilo no quiso hablar esa noche. Después recriminó a Raúl y dijo que era vergonzoso incitar a las masas a pedir el fusilamiento del comandante Matos, quien verdaderamente no era culpable de ningún delito. Raúl respondió lleno de ira, insultantemente y Camilo le dijo, también en tono descompuesto, que si seguía así lo iba a matar allí mismo.

Hoy otro testigo cuyo nombre no puede ser descubierto aún, que presencié la continuación de esta discusión. Según él, las voces fueron subiendo de tono, hasta que, súbitamente, se sintió un disparo y a continuación otro más. Este testigo oyó a Raúl gritar:

—¡Lo has matado!

Esto sucedía en una de las habitaciones del Palacio Presidencial donde se habían reunido. Después llegó a nuestro conocimiento que Fidel necesitó esa noche asistencia médica, porque había tenido una crisis nerviosa y estaba histérico. Fue atendido en su residencia de la playa de Cojimar.

Al día siguiente, miércoles, Camilo llegó a Camagüey, supuestamente lo deja allí y continúa viaje a Santiago de Cuba. Regresa de Santiago de Cuba, aterriza en Camagüey sólo unos pocos minutos y continúa

el aparente viaje hacia La Habana en el que se produce la supuesta pérdida de la avioneta.

El capitán Méndez Sierra, el oficial a quien Camilo dejó a cargo de Camagüey, me llamó aquella noche para averiguar por qué Camilo había llegado a la ciudad y no había visitado el Estado Mayor. Yo le respondí que creía que estaba allí, puesto que no estaba en la base aérea. Y esto nos intrigó a ambos. Muchos días después, el capitán Méndez Sierra trató de ponerse en contacto conmigo sin lograrlo y cuando yo quise localizarlo tampoco lo encontré en parte alguna. Hasta estos momentos no sé dónde está y cuál ha sido su suerte.

El plan de Fidel era ahora evidente: simular un accidente. Pero se olvidó de un detalle que no pasaríamos por alto nosotros los pilotos: la necesidad de tomar combustible ante el anuncio de mal tiempo.

Algún tiempo después traté de ponerme en contacto con el jefe del aeropuerto de Santiago de Cuba para averiguar qué había ido a hacer allí la avioneta de Camilo, ya que Fidel en su comparencia de la televisión, ni siquiera había mencionado ese hecho. Supe entonces que el jefe del aeropuerto de Santiago había muerto en un accidente. ¡Qué coincidencia!

Temprano en la mañana del jueves 29 de octubre convoqué a mis oficiales al Cuartel General de la base y realicé unos vuelos de búsqueda, haciéndoles saber que si al mediodía La Habana no había dado aún instrucciones en ese sentido, nosotros comenzaríamos de todas maneras. Poco antes de las doce recibí un mensaje de la capital diciendo que estaban haciendo los preparativos, por lo que dí órdenes de empezar la búsqueda con todo aquello que pudiera volar, desde B-26 a Piper J 3 de propiedad privada.

En la mañana del viernes 30 de octubre recibí un cable del Estado Mayor de La Habana ordenándome que suspendiera la búsqueda y que esperara la llegada del teniente Fortuny, ayudante del comandante Almeida, quien traía nuevas instrucciones. Fortuny llegó a las diez de la mañana en un transporte C-47 con mucha gente. Tenía muy pocas instrucciones y sí órdenes de que esperáramos más.

Poco después llegó el capitán Juan Arellano, chileno, piloto en un B-26, quien traía órdenes de Fidel sobre dónde se debía buscar el avión de Camilo.

APARECE LA AVIONETA

Mientras tanto, yo había organizado partidas que buscaban por tierra. Uno de mis muchachos, disfrazado de lechero, me dio la mayor sorpresa de mi vida: había encontrado el avión de Camilo en una finca situada a 25 millas al sureste de Camagüey, "La Larga", que había sido propiedad del ex jefe del ejército general Pérez Dámera y que tenía innumerables facilidades, entre ellas una pista.

El avión estaba allí, escondido bajo pencas de guano y con las insignias cubiertas con pintura blanca.

Fidel vino más tarde en su avión "Sierra Maestra" montando un gran espectáculo, unas veces llorando y otras riendo a carcajadas. Pronto desapareció y supimos después que había ido a "La Larga" con su guardia personal y allí se había reunido con el "Che" Guevara y Raúl.

Mientras tanto, el pueblo, engañado e ingenuo, oraba por que Fidel tuviera éxito en la búsqueda de Camilo.

Húber Matos y Fidel Castro *

Desde la provincia de Camagüey, el comandante Húber Matos Benítez sigue con angustia el curso que toma la revolución. Observa la influencia creciente del comunismo, y eso le inquieta. Le confunde la forma en que fue separado Urrutia. Y constata con espanto que Fidel Castro está en tren de desgarrar al país. Su amargura es enorme. Pues Húber Matos es un hombre íntegro y un idealista. En la Sierra se destaca por su entusiasmo y su bravura, así como por su bondad y su humanismo. Todos los hombres que están a sus órdenes lo quieren y siguen con fiel afecto. Héroe del Ejército Rebelde y amigo íntimo de Fidel Castro, Matos ha recibido el comando de la plaza de Santiago desde la liberación, cuando esa ciudad era la capital provisoria. Está ahora a la cabeza de la provincia de Camagüey. Pero no tiene ya ánimo para continuar. Se lo dice a Castro, quien lo ha tratado de ambicioso y ha insinuado contra él acusaciones malévolas. Escribe entonces, el 19 de octubre de 1959 esta carta:

"Camagüey, octubre 19 de 1959

Dr. Fidel Castro Ruiz

Primer Ministro. (Habana)

Compañero Fidel: En el día de hoy he enviado al Estado Mayor, por conducto reglamentario, un radio interesando mi licenciamiento del Ejército Rebelde. Por estar seguro de que este asunto será elevado a ti para su solución y por estimar que es mi deber informarte de las razones que he tenido para solicitar mi baja del Ejército, paso a exponerte las siguientes conclusiones:

Primera — No deseo convertirme en obstáculo de la Revolución y creo que teniendo que escoger entre adaptarme o arrinconarme para no hacer daño, lo honrado y lo revolucionario es irse.

Segunda — Por un elemental pudor daba renunciar a toda responsabilidad dentro de las filas de la Revolución, después de conocer algunos comentarios tuyos de la conversación que tuviste con los compañeros Agramonte y Fernández Villo, Coordinadores de Camagüey y La Habana, respectivamente. Si bien en esa conversación no me mencionaste, me tuviste presente todo el tiempo. Creo igualmente que después de la sustitución de Duque (comandante enviado por Castro como "segundo" de Matos, a quien sustituyó también por sus quejas contra los comunistas. N. de R.) y otros cambios más, todo el que haya tenido la franqueza de hablar contigo del problema comunista debe irse antes que lo quiten.

Tercera — Sólo concibo el triunfo de la Revolución contando con un pueblo unido dispuesto a soportar los mayores sacrificios, porque vienen mil dificultades económicas y políticas y ese pueblo unido y combativo no se logra ni se sostiene si no a base de un programa que satisfaga parejamente sus intereses y sentimientos y de una diligencia que capte la problemática cubana en su justa dimensión, y no como cuestión de pendenencias o luchas de grupos. Si se quiere que la Revolución triunfe, dígame a dónde vamos y cómo vamos; díganse menos los chismes y las intrigas y no se trate de reaccionarios ni de conjurados a los que con criterio honrado planteen estas cosas.

Por otro lado, recurrir a la insinuación para dejar en entredicho figuras limpias y desinteresadas que no aparecieron en escena el primero de enero, que estuvieron presentes en la hora del sacrificio y están responsabilizados en esta obra por puro

* Traducido del libro de Yves Gilbert "La poudrière cubaine. Castro l'infidèle", edit. "La Table Ronde", Paris (el autor firma su obra en diciembre, 1960).

Para el texto de los documentos escritos por Húber Matos, se han utilizado los originales en castellano, contenidos en el mensaje que el preso de la Isla de Pinos grabó el 20 de octubre en su residencia y fue tomado por un locutor de la Cadena Oriental de Radio (publicado en "Bohemia libre", edición del 11 de diciembre de 1960, Caracas, Venezuela).

idealismo es, además de una deslealtad, una injusticia y es bueno recordarte que los grandes hombres comienzan a declinar cuando dejan de ser justos.

Quiero aclararte que nada de esto lleva el propósito de herirte ni de herir a otras personas. Digo lo que siento y lo que pienso con el derecho que me asiste de cubano sacrificado por una Cuba mejor, porque, aunque tú ignores mi nombre cuando hablas de los que han luchado y luchan junto a ti, lo cierto es que hice por Cuba todo lo que he podido. Ahora y siempre. Yo no organicé la expedición que trajimos por Cieneguilla, que fue tan útil durante la lucha contra la ofensiva de primavera, para que tú me la agradecieras, sino para defender los derechos de mi pueblo y estoy muy contento del deber cumplido, como estoy contento de haber cumplido la misión que me encomendaste al frente de una de las columnas del glorioso Ejército Rebelde que más combates libró. Como estoy muy contento de haber organizado una provincia tal como tú me mandaste.

Creo que he trabajado bastante y esto me satisface, porque, independientemente del respeto conquistado por los que me han visto de cerca, los hombres que saben dedicar su esfuerzo a la consecución del bien colectivo disfrutan dentro de las fatigas que proporciona el estar consagrados al servicio del interés común y esta obra que han legado no es mía en particular, sino producto del esfuerzo de unos cuantos que como yo han sabido cumplir con su deber.

Pues bien, si después de todo esto se me tiene por ambicioso o se insinúa que estoy conspirando, hay razones no sólo para irse, sino para lamentarse de no haber sido uno de los tantos compañeros que cayeron en el esfuerzo.

Quiero que entiendas que esta determinación, por meditada, es irrevocable; por lo que te pido, no como Comandante Húber Matos, sino sencillamente como uno cualquiera de tus compañeros de la Sierra —¿te acuerdas?—, de los que salían dispuestos a morir cumpliendo tus órdenes, que accedas a mi solicitud cuanto antes, permitiéndome regresar a mi casa en mi condición de civil, sin que mis hijos tengan que enterarse después en la calle que su padre es un desertor o un traidor.

Descádate todo género de éxitos para ti en todos tus afanes revolucionarios y para la patria, fin y deber de todos, queda como siempre tu compañero, Húber Matos."

* * *

Esta carta es interpretada por Castro como una bofetada inadmisibile, como una prueba de la traición de Matos, como un deseo de fomentar un complot revolucionario. Reaccionará, como de costumbre, con la rapidez del rayo. Pero nunca tan rápido como para que Matos no sea advertido. Se presiona para que parta, para que se exile. Un avión lo espera en la base. No quiere tomarlo: el comandante Matos no partirá; no resistirá tampoco; espera.

Y esperando, prepara para el país un mensaje que nunca le llegará:

"No me imparta la suerte que corra; creo que tengo valor, serenidad para afrontar todas, todas las contingencias que el tiempo y los acontecimientos me deparen. Pero ostimo que los hombres pasan por la vida para defender algunos valores y que es preferible morir antes que ponerse de espaldas a esos valores postulados que animan la causa de la verdad, la causa de la razón y de la justicia.

Pues bien, he escrito en el día de ayer una carta al doctor Fidel Castro pidiéndole mi separación de las Fuerzas Armadas por considerar que debo irme. La respuesta a esa carta es la de acusarme de traidor, de estar junto a Diez Lanza o Dios sabe con quién, tratando de clavar un puñal a la Revolución cubana y sobre el pueblo cubano.

¿Tiene explicación que esto se haga en nombre de la Revolución y por hombres en los cuales el pueblo cree? Porque todavía se creó en Fidel, es más que doloroso, es de lamentarse estar vivo para presenciar todo esto."

Castro ha encargado al ejército ocupar los centros esenciales de Camagüey, en tanto él mismo toma disposiciones para llegar al lugar.

Matos sabe que la hora se aproxima, "la hora —según dice— de que todo el que no comulgue con el comunismo, tiene que irse o se le acuse de traidor"

"Pues bien, Fidel —continúa en su mensaje— espero imposible lo que tú dispongas. De seguro que tú conoces que yo tengo valor para caminar sereno frente al pelotón

de fusilamiento, que tengo valor para pasarme veinte años en la cárcel, para soportar todo esto; que tengo valor como lo he tenido hoy, cuando tú mandaste que tomaran aquí todas las estaciones de radio, la estación de policía y el aeropuerto, simulando un levantamiento. He tenido valor para quedarme tranquilo en mi casa con mis cuatro hijos esperando tranquilamente que las cosas se hagan como tú quieras que se hagan. Este es el pago que yo merezco. Bendito sea este pago."

En el cuartel de Agramonte, el Estado Mayor y los soldados están listos para impedir que se toque a su jefe. Están decididos a batirse y a morir, aún contra Castro, para impedir la injusticia. Matos les disuade. Retira los centinelas de la entrada y hace abrir ampliamente las puertas.

"No haré que mis soldados, que los compañeros soldados que vienen del monte, porque no son míos, son soldados de Cuba, de la Patria, de la Revolución, disparen un tiro contra nadie, contra los esbirros, que tú mandaste para que formaran esta algaraza, contra los que se arrastran. No. De seguro que esos merecen un tiro y algo más. Yo espero que la Historia les dé su premio; que la Historia los juzgue a ellos, como tú dijiste un día... Que la Historia te juzgue a ti, también, Fidel; porque recuerda que los hombres pasan y la Historia es la que recoge sus hechos y la que al fin de cuentas dicta el veredicto final."

Las tropas han entrado al cuartel de Agramonte. Han arrestado, sin resistencia, al "peligroso conspirador". El mismo Castro llega poco después para asegurarse que el "traidor" está seguro bajo cerrojo. Diecinueve oficiales de su Estado Mayor son encarcelados y en los días que siguen son detenidos más de cuatrocientos militares y civiles de Comagüey.

* * *

Algunos días más tarde, el 27 de octubre, Castro organiza una gran manifestación ante el palacio presidencial para denunciar las actividades contrarrevolucionarias del prisionero. Pero se cuida bien de leer el mensaje en que estalla la decepción de un hombre roído por la amargura:

"Si un día defendiste al pueblo, si un día te levantaste e hiciste levantar el pueblo en nombre de la razón y de la justicia, ahora, Fidel, estás destruyendo tu obra; estás sepultando la Revolución.

Quizá quede alguna esperanza. Te llamo, compañero. Como viajero compañero apelo a la honradez que tú tenías, no para que me saques de la prisión y me evites el fusilamiento, no. Para que ayudes a salvar esta Revolución que es obra tuya, obra de todos, obra de un pueblo; para que no se pierda, para que no se malogre este esfuerzo. Porque, ¿qué haríamos nosotros, qué diríamos nosotros al pensar en los que cayeron por una Cuba mejor, si fue para esto, para la intriga, para destruir en vida a los hombres? No, Fidel; luchamos por otra cosa, luchamos en nombre de la Libertad, en nombre de la Verdad, de todos los principios sanos en los cuales se cimienta la civilización y la humanidad. ¡No luchamos para esto!...

Tú que eres el timonel de todo esto, ayuda para que la Revolución no se frustre, porque entonces habría que estar llorando de verdad, no a Hüber Matos sino a los veinte mil muertos que Cuba ha tenido en este proceso. Las madres que estaban contentas viendo cómo nacía un pueblo, tendrían que llorar frustradas al ver cómo se hunde este pueblo que había realizado el milagro de levantar una fe desaparecida, este pueblo que ya no creía en nadie...

Ayuda a que este esfuerzo no se pierda. Ayuda a salvar esta Revolución que es la obra tuya, de la que depende no sólo el destino de Cuba sino el de un continente que está atento mirando, para ver si en el encuentro de esto encuentra la ruta de su salvación. De tantas repúblicas latinoamericanas unidas a nosotros por las mismas angustias, por las mismas tradiciones, por los mismos intereses, por los mismos anhelos, que han visto en ti al salvador, que confían en ti y que esperan de Cuba la forma de hallar el camino de su mejor suerte.

Todavía quizá, estás a tiempo. No te importa lo que yo pasa en la cárcel o que

me echen la tierra encima. La suerte de un hombre importa poco cuando se compara con la suerte de un pueblo y aquí lo que importa es la suerte de Cuba.

Por favor, en nombre de tantos compañeros caídos, en nombre de nuestras madres, en nombre de este pueblo, Fidel, no sepultes la Revolución."

* * *

Castro conoce este mensaje, pero no se conmueve. Por el contrario, la cólera le domina. En esta tarde del 27 de octubre, desata su pasión de odio contra Matos, al que acusa de los peores crímenes y los más negros designios. La masa reunida escucha la requisitoria e hierve de indignación contra la "felonía" del acusado. Castro pregunta:

—¿Qué debe hacerse con un traidor como Matos?

Un rugido le responde:

—¡Al paredón! ¡Al paredón!

* * *

La sentencia reclamada por la "democracia directa" no será ejecutada. Habrá cuando menos un proceso en diciembre. ¡Y qué proceso! Los principales testigos de cargo son Raúl y Fidel Castro.

El día de su deposición, Fidel llega a las cinco de la tarde. Se coloca un micrófono alrededor del cuello, da la espalda al tribunal, y arenga al público. Es su costumbre. Habla hasta después de medianoche: son siete horas de violencias verbales y de gesticulaciones apasionadas.

De pronto, desde el banco de los acusados, Matos se levanta y reclama hechas, pruebas.

Castro se vuelve, cortado por esta demanda insólita. Lanza un reproche al presidente del tribunal:

—¿Deberé soportar tales interrupciones?

Y retoma, más desorbitado que nunca, su torrente de injurias contra el "traidor".

Húber Matos es condenado a veinte años de prisión.

Quimeras y realidades del Comunismo*

Por el Prof. Erich Goldhagen

La noción de progreso, la creencia en la ineluctable evolución de la sociedad hacia la perfección en continuo crecimiento ha sido, según el historiador J. B. Bury, la "idea-fuerza que impulsó a la civilización occidental"¹. Prácticamente, hoy se ha desvanecido. Dos guerras mundiales, actos de crueldad y barbarie vueltos más terroríficos en razón de sus refinamientos tecnológicos, así como la amenaza de una destrucción mundial, han extinguido al optimismo que ha caracterizado al siglo XIX. Melancolía, pesimismo, incertidumbre impregnan nuestra civilización. La profecía de Condorcet, para quien "la perfectibilidad del hombre es limitada e irreversible"², sólo puede merecer la sonrisa de una generación que ha sido testigo de Auschwitz y está condenada a vivir bajo la obsesión de la bomba de hidrógeno.

Pero la utopía desvanecida en Occidente continúa resplandeciendo en el Oriente comunista, cuyo clamor se lo da la iluminación artificial de Agitprop (Comité de Agitación y Propaganda). En el XII congreso internacional de filosofía, celebrado en Venecia en 1958, el soviético M. B. Mitine ha trazado un esbozo de la sociedad futura en la cual su país hallaríase teóricamente pronto, en términos que habrían podido emplear no tanto Marx pero sí sus predecesores más imaginativos: Condorcet, Saint Simon y Fourier. La sociedad del porvenir, ha anunciado solemnemente, alcanzará tales climas que los individuos adquirirán "como por encanto" cualidades que hasta entonces habrán sido sólo propias de los hombres de genio. El hombre de la calle se tomará así en un Miguel Ángel, un Liszt o un Paganini³. Del mismo modo que abolirá la distinción entre ricos y pobres gracias a la abundancia, el comunismo reducirá las diferencias entre las aptitudes mentales y las realizaciones de los individuos, liberando sus virtualidades del suplicio de las instituciones.

Pero la utopía no es el dominio solamente de los filósofos. En la Unión Soviética, economistas, escritores y el ejército innumerable de propagandistas dedican cada día más su atención a este objetivo conforme a los órdenes del Partido, supremo dispensador del alimento espiritual.

En un discurso ante el consejo de la Unión de los Escritores de la R.S.F.S.R. (República Socialista Federativa Soviética Rusa), L. Saboliev, su presidente, guardián de la ortoda-

xia literaria, afirmó que la sociedad comunista estará compuesta de hombres dotados de aptitudes intelectuales reservadas hasta ahora a una minoría. En vez de ser privativo de algunos, el arte de la creación literaria se tomará atributo natural de todos. Liberados del trabajo al que la humanidad ha estado condenada hasta entonces, los ciudadanos harán uso de la pluma, "exactamente como, bajo la autoridad soviética, la instrucción ha dejado de ser privilegio de las clases dirigentes para tornarse universal". Cuando describe la manera de superar los últimos obstáculos antes de llegar a esa edad de oro, L. Saboliev sustituye el lenguaje del ensueño utopista por la metáfora guerrero del oficial de caballería, su vocación primera:

"Nosotros nos hallamos en los puestos avanzados del comunismo. Empleo esta frase militar osada porque en el curso de la marcha hacia adelante de nuestra sociedad, tenemos todavía que desemborazar el terreno de las minas colocadas desde hace millares de años, supervivencias del capitalismo en la conciencia del pueblo" (Prova, 11 de mayo de 1960).

EL OPIO DE LOS DIRIGENTES

La secular escatología del marxismo es uno de los pilares ideológicos y psíquicos de la sociedad soviética. Lo mismo que el poder de la Iglesia y la cohesión del orden medieval descansaban sobre la creencia en el más allá, el porvenir ideal terrestre es uno de los fundamentos espirituales del mundo comunista. El paraíso celeste y el temor religioso que inspiraba eran una realidad psíquica viviente para el hombre medieval y servían a la Iglesia de cadenas a las cuales sujetaba el espíritu. El poder temporal estaba sólidamente arraigado en el dominio espiritual, invistiendo la autoridad eclesial un derecho de obediencia que muy pocas soberanías temporales pudieron pretender.

Todo poder político trata de legitimarse, apoyándose no solamente en la fuerza, sino

* De "Le Centre Social", vol. V, nº 1; enero 1961, París.

¹ Cf. *The Idea of Progress*, prefacio, New York, 1932.

² *Esquisse d'un tableau des progrès de l'esprit humain*, París, 1833, vol. 1; p. 19.

³ Cf. *Rapports et discours des représentants de la philosophie soviétique au XII^e Congrès International de Philosophie*, Moscú, 1958.

también sobre el libre consentimiento de sus súbditos. Sin embargo, el derecho bolchevique de la obediencia sólo podía apoyarse sobre un pequeño número de ventajas tangibles. Ha exigido duro trabajo, angustia y sufrimientos, pero bien poco ha dado en cambio, excepto la promesa que de las privaciones del presente se obtendría una abundante cosecha de bienes en un porvenir indeterminado. Los sueños utópicos han sido siempre la única recompensa que el régimen bolchevique ha dispensado profusamente.

Es imposible determinar la eficacia de la utopía en tanto que opio del pueblo. Es dudoso que el campesino, por ejemplo, haya sido sensible a ella, sobre todo durante la colectivización forzosa. El terror parece haber sido un instrumento más eficaz para asegurar la sumisión al partido que la promesa de hermosos días venideros. Pero si la escatología de Marx no ha servido más que imperfectamente de opio al pueblo, fue el estupefaciente que la clase dirigente se administró a sí misma. No se sobria exagerar bastante el impulso que los bolcheviques han tomado de su visión utópica.

Cada vez que un bolchevique sentía el aguijón de la duda sobre la contradicción entre la teoría y la práctica, la finalidad humana y la acción inhumana, evocaba el porvenir radiante; racionalizando así el presente, calmando su conciencia, podía entonces hallar su vocación sin ser conmovido por escrúpulo alguno. Quizá el poder de la utopía fuese aún más evidente entre las víctimas inocentes del terror staliniano que, en prisión y en los campos de concentración, encontraban no obstante confortamiento y justificación en la creencia de que su suerte formaba parte del pesado tributo que la humanidad debe pagar por franquear los puertos del porvenir. El poeta polaco Czesław Miłosz ha analizado brillantemente la teodicea comunista. Un día en que él manifestaba su inquietud ante las deportaciones en masa de los bálticos, un amigo comunista, mejor inmunizado por la fe, hizo el siguiente reproche:

"El período presente es sombrío; mas considerada desde el ángulo del año 2950, parecerá tan breve como lo son para nosotros, hoy, los años sangrientos de la Revolución francesa; y el número de sus víctimas (das a trescientos millones quizá) no suscitará más emoción que la de los aristócratas franceses"⁴.

El bolchevique es uno de los encarnaciones más acabadas del hombre diabólico. Siempre se encuentra comprometido en el camino de la historia, en busca del fin, superando los obstáculos y burlando a sus enemigos. Detenerse, satisfecho de sus conquistas, significaría para él que su misión habría terminado, su papel jugado, sus de-

rechos al poder absoluto expirados. El comunismo totalitario no puede pasarse sin enemigos ni sin utopía⁵.

EN EL FRENTE INTERIOR

Durante los tres últimos años, la noción de pasaje al comunismo ha ocupado un lugar importante en la propaganda del Partido. Desde los "días heroicos" de la revolución, la forma de la sociedad futura no había suscitado un interés tan intenso. Una sesión especial de la sección de las ciencias sociales de la Academia de las Ciencias le fue dedicada en junio de 1958. Fue uno de los temas esenciales tratados por Khrushchev en su discurso al XXI congreso y la única cuestión del orden del día del coloquio que reunió en Praga, en abril de 1960, a los economistas de los diversos países comunistas. En 1959 y 1960 cerca de cien obras e innumerables artículos han sido publicados en la U.R.S.S. sobre este tema⁶. Evidentemente, la última etapa de la evolución social está en el centro de las preocupaciones de los teóricos, como también de los encargados de la propaganda.

Tres circunstancias íntimamente ligadas parecen estar combinadas para dar nacimiento a este estado de cosas: el problema planteado por el "revisionismo", la tentativa del partido de refundir su ideología a fin de responder a las exigencias del totalitarismo, con el objeto de impedir su utilización herética; en fin, la mayor nitidez que toma en el espíritu de los dirigentes la imagen hasta aquí un tanto confusa del porvenir.

Los revisionistas de Hungría, Polonia y Yugoslavia valoran ciertos dogmas marxistas democráticos que desde hace años duermen en los textos oficiales. Algunas fórmulas como "control obrero", "decaimiento del Estado", "pasaje de la necesidad a la libertad", cuidadosamente invocados en las grandes ocasiones con solemnidad automática, se convertían en "slogans" de revuelta contra la dictadura del terror. Los dirigentes soviéticos se aterraron al ver que sus expresiones rituales cuestionaban los fundamentos de su poder. Se dieron cuenta que su almacén de armas ideológicas contenía

⁴ *La Pensée Captive*, París, p. 315.

⁵ "El régimen totalitario debe constantemente hacer alarde de un optimismo ilimitado. Porque el pesimismo se parece mucho al escepticismo y éste es el enemigo de toda fe absoluta. Es uno de los formas de la lucha contra la ciencia y el materialismo dialéctico". *Grande Encyclopédie Soviétique*, vol. 39.

⁶ Cf. A. Loginov: "Tchítaja kniga o kommunizme". *Kommunist*, n. 12, 1960, pp. 111-118. Obras que pueden consultarse: D. I. Chernikov, *Ot gosudarstvennosti kabohtchestvennomu samoopredeleniu*, Moscú, 1960; S. G. Strumilina: *Rabotchi i kommunizm*, Moscú, 1959.

espadas de dos filos. Una de las lecciones de los acontecimientos de Hungría y de Polonia, de algunos revuelos intelectuales habidos en la misma U.R.S.S. se desprende del poder inherente a las ideas⁷. Bajo el terror, es verdad, las ideas se callan; pero el velo del silencio disimula vida letárgica. Cuando las circunstancias provocan un relajamiento, las ideas acalladas pueden manifestarse en acción insurreccional.

Las palabras de orden del revisionismo eran tanto más peligrosas cuanto que aparecían, no bajo un enfoque burgués, extraño y vulnerable, sino con el ropaje legítimo y familiar del marxismo, haciendo valer su ortodoxia frente a las falsedades oficiales del credo marxista. Un escritor lo ha dicho:

"El problema del decaimiento (...) del Estado socialista es la tesis fundamental, la verdadera idea fija del revisionismo contemporáneo. Tan pronto como se plantea la cuestión del Estado se la hace desviar hacia la de su extinción". (Voprosy filosofii, número 4, 1960, p. 14).

Fue necesario suprimir los matices heréticos de semejantes doctrinas dándoles una interpretación compatible con la perpetuación del totalitarismo. Fue menester echar vino nuevo en los viejos odres libertarios del marxismo, un vino que no embriagara del deseo de libertad, sino que instilara una tranquila sumisión al orden totalitario eterno.

REALIDADES Y PROMESAS

Una de las contradicciones del comunismo ha sido siempre su exigencia de obediencia absoluta y el castigo al menor síntoma de resistencia y, por otro lado, las enseñanzas, a través de los textos marxistas, de la aspiración a un orden social mejor. Un pueblo sometido al poder omnipotente de la policía, padeciendo desigualdades irritantes, encadenado a un trabajo servil, podía no obstante hablar en voz alta de un Estado futuro que los mismos dirigentes tenían por misión edificar; un Estado en que la policía y demás órganos del gobierno no existieran, donde reinara la igualdad social y donde cada individuo podría desenvolverse plenamente.

Viendo próximas las condiciones materiales de realización de la gran promesa, los súbditos soviéticos comenzaron a plantear cuestiones precisas sobre "la naturaleza de los futuros órganos del gobierno en los pueblos y en las ciudades, así como en otros aspectos de la vida comunista" (Kommunist, n. 12, agosto de 1960, p. 114). Un propagandista de la región de Saratov solicita a Moscú informes y consejos sobre la sociedad futura; abrumado por un diluvio de cuestiones a las cuales no sabía res-

ponder, corría el peligro de "comprometer su autoridad" (ibid., p. 111). Un escritor manifestaba el temor de que una "persona poco razonable" pudiera formarse la noción siguiente del comunismo:

"Vosotros os levantáis y os ponéis a reflexionar: ¿Adónde iré a trabajar yo? ¿A la fábrica como ingeniero en jefe, o bien iré a unirme a la brigada de pasco? ¿Quizá tomaré el avión de Moscú para dirigir allí una sesión urgente de la Academia de las Ciencias?".

El Kommunist, observa lacónicamente: "Ese caso no se dará jamás" (ibid., página 117).

Las ideas son fuerzas que ninguna dictadura puede impunemente ignorar. La imaginación escatológica amenaza volverse una fuente de indisciplina, un poco de esperanzas "peligrosas" incompatibles con los derechos absolutos del Estado. El orden totalitario debe sustituir a la visión anárquica sin privarse no obstante del entusiasmo y la tenacidad que ésta ha suscitado. El 13 de octubre de 1952, Poskrebychev, secretario de Stalin, ha denunciado en el Pravda...

"... los que esperan el advenimiento del comunismo como un paraíso celeste. Se sientan y se preguntan: ¿Cuándo se proclamará, pues, el comunismo? La sociedad, ¿nos distribuirá pronto los bienes según nuestras necesidades?".

Ocho años más tarde, el órgano teórico del partido advertía que la definición de la sociedad futura no debe admitir ni "simplificación excesiva" ni "proyectos insensatos" (projektorstvo):

"... escribir hoy sobre el porvenir se ha vuelto más complejo que nunca. El tiempo de la utopía, de los vuelos de la imaginación ha pasado; el de la responsabilidad aumentada con el análisis de la realidad y la previsión del porvenir la ha reemplazado" (ibid., p. 113).

Y en el XXI congreso Khrushchev marcó a fuego, con la autoridad de un oráculo, la concepción "vulgar" del comunismo como...

"... masa informe, inorgánica y anárquica. No, el comunismo será una cooperación altamente organizada de trabajadores. Para dirigir las máquinas, cada uno tendrá que cumplir con sus funciones de trabajador y sus "deberes sociales" en un momento determinado y dentro de un orden establecido" (Pravda, 28 de enero de 1959).

Gracias a esta purga de la escatología marxista de los elementos heréticos, el Par-

⁷ Cf. V. E. Israelian y N. N. Nicolaiev: "Le letérit idéologicheskoi podgotovki kontsevóútsionnovo míatsja v Vengrii oslánoú 1956 goda", Voprosy ístórii, n. 12, 1957, pp. 59-76. (Homenaje involuntario de Khrushchev a la potencia de los intelectuales y de las ideas, citado en p. 76).

tido adquirió una concepción más clara de sus fines últimos. Lo que antes ha sido tático y medianamente consciente, se hizo más claro⁸.

De su estudio surge la prueba de los sueños propios de los burócratas del Partido. Si la utopía refleja la satisfacción ilusoria de deseos frustrados, la utopía de los **apparatshiki** (burócratas del partido) refleja la ansia de un poder ilimitado, de un totalitarismo absoluto. Por eso presenta más afinidades con los ideales de Esparta o de la república de Platón, con el Estado ideal de Rousseau o con *La Utopía* de Tomás Moro que con la visión nebulosa de Marx, a pesar de que esta última no le sea enteramente extraña. Ciertas rasgos del porvenir ideal conforme a Marx han sido extraídos de su contexto original, separados de los elementos libertarios a los cuales estaban orgánicamente reunidos e incorporados en un nuevo conjunto que Marx reconocería apenas.

LA BUSQUEDA DE LA ARMONIA

La República de Platón es el arquetipo del ideal político que halló sus intérpretes en casi todos los períodos de la civilización occidental. Sus adeptos, a despecho de divergencias de detalle, han estado unidos por su intolerancia con respecto a la diversidad de las comunidades humanas, intolerancia nacida de lo que en cada momento de la historia el tipo de comunidad es determinado, no por una planificación consciente que responde a un sistema lógico, sino por el capricho de fuerzas sociales espontáneas. Ellos han tendido a instituir la concordia y la armonía en los asuntos humanos, reduciendo la complejidad de la sociedad a una fórmula relativamente simple. Se incitaba a los hombres a cumular armoniosamente inculcándoles la idea de empresas cooperativas y de la aceptación de su estatuto social, por bajo que fuera, como condición natural e inalterable. **Processus** que ahogaría en germen la simiente de deseos y de reivindicación social. Así, los problemas eternos de la libertad y la autoridad, de la voluntad individual conciliada con las exigencias de la comunidad, se hallarían resueltos una vez por todas. La calma y la solidaridad social reemplazarían a la agitación y a los conflictos que fueron la condición del hombre viviente en sociedad.

Platón propone que una élite ilustrada de reyes filósofos eleven a sus súbditos hacia esta solidaridad obediente al amparo de "nobles mentiras". Rousseau preconiza que se invista a un "soberano" del poder de "fijar los artículos de la religión civil" que engendraré una actitud propicia a la "unidad social" y suprimiera las circunstancias que ponen al hombre "en contradicción consigo mismo". Saint Simón deseaba el ad-

venimiento de un "nuevo cristianismo" que uniera a los individuos en una comunión social. En Francia, la "reacción conservadora" y los que el Manifiesto Comunista denuncia como "socialistas feudales" reprobaban juntos la "anarquía" de la sociedad burguesa, para preconizar un sistema social a imagen del orden jerárquico de una Edad Media supuesta bendita por la armonía universal. En el siglo XIX, la derecha y la izquierda se alimentaban en las mismas fuentes, a despecho de su enemistad recíproca⁹.

Marx y Engels fueran los herederos de la misma tradición. También ellos buscaban la armonía social. Pero contrariamente a muchos otros, ellos no querían realizarla por la transformación de la sociedad en una nueva jerarquía que una élite instruida impusiera por la fuerza y la persuasión. Creían que una vez abolida la propiedad privada de los medios de producción, la mayoría revolucionaria se fusionaría de manera natural en una comunidad cooperativa de **iguales**, suprimiendo toda distinción de clases. El Estado, en tanto que instrumento de coerción social sería reemplazado por "la administración de las cosas", o, según Lenin, tomaríase "no política". El grado más elevado de libertad engendraría así la armonía más perfecta, jamás alcanzada desde los días míticos del comunismo primitivo.

La visión de Marx se ha revelado menos realista que la del "socialista utópico" Saint Simón o que la de derecha con su concepción de la "élite". Fue una **coincidentia oppositorum**. La solidaridad debía hacerse efectiva, no por una élite que estimulase conscientemente la **Bindung** (unión) y la **Gansheit** (integración), ideales gemelos de la derecha conservadora, sino por la unión voluntaria de individuos gobernadas por la arazón: la armonía nacería de la anarquía. Estaba reservado a los bolcheviques "corregir" la enseñanza de sus maestros, revelando así el parentesco de la derecha reaccionaria con la izquierda extremista.

Así, mientras que el bolcheviquismo conserva los ideales económicos de Marx, estima que sólo los medios preconizados por la derecha permitirán realizar la **Bindung** y la **Gansheit**. Los **apparatshiki** han transmutado "dialécticamente" la utopía marxista. Tachan a la libertad de caos; el autogobierno de la sociedad, de anarcosindicalismo;

⁸ En *Tito Parle...*, París, 1953, p. 308, V. Dedjier recuerda que en la conferencia inaugural del Cominform en 1947, Malenkov declaró que la Unión Soviética estaba a punto de "adaptar un plan de quince años definiendo el paso del socialismo al comunismo" y que "marchaba escrupulosamente sobre la huella del socialismo utópico".

⁹ Para un análisis penetrante de las relaciones entre la derecha y la izquierda, Cf. Raymond Arón: *Espoir et peur de siècle*, París, 1957, pp. 11-121.

la libertad de creación artística, de propensión antisocial; la necesidad de vida privado, de individualismo pernicioso. En cuanto a ellos, se han vuelto los guías indispensables, guardianes y tutores de la sociedad.

Su misión es, pues, imponer lo que podría llamarse la armonía totalitaria; de suprimir, en términos de escolástica soviética, las contradicciones del cuerpo social; de impedir el desarrollo de todo grupo que pueda amenazar la empresa total del Partido. Ninguna voluntad espontánea debe existir fuera de la élite dirigente. "La espontaneidad (stikhiinost), ha declarado Khrushchev ante el Comité central en 1958, he ahí el enemigo mortal"¹⁰. Las fuerzas divergentes que engendra esta espontaneidad se hallan resumidas en el extracto siguiente, sacado de una de las más importantes discusiones teóricas sobre la "transformación comunista". Lo que el Partido se propone es...

"...la unidad de la clase obrera, no su fragmentación; el fortalecimiento de la alianza entre el proletariado y el campesinado, no la discordia entre dos clases que no son de ningún modo antagónicas; reforzamiento de la cohesión dentro de los rangos del partido marxista-leninista, no el espíritu de facción y vaguedad ideológica; una economía unificada, planificada, fundada sobre la propiedad pública socialista, no la fragmentación económica anarcosindicalista; la unidad ideológica, política, y moral del pueblo, no su dispersión; la unión de los pueblos de diferentes nacionalidades, no las diferencias nacionales y el nacionalismo; reforzamiento de un poder gubernamental socialista único, no el separatismo provincial"¹¹...

Y Khrushchev se expresa así: "Como abejas ocupadas en su labor desde el alba hasta el crepúsculo, edificando una colmena nueva y aprovisionándola de miel, nuestro pueblo cumple sus obligaciones y sus funciones en la sociedad" (Pravda, 18 de noviembre de 1959).

CONFIGURACION DEL PORVENIR

Examinemos algunos caracteres específicos de esta colmena social.

LA ÉLITE DIRIGENTE — El partido, demiurgo de la sociedad soviética desde sus comienzos, se hará el animador perpetuo. Ciertamente, algunas funciones de gobierno serán conferidas a "organismos públicos" y "el Estado decaerá". Pero el papel del partido no hará más que acrecentarse, porque...

"...¿quién fuera de él, es capaz de unir y coordinar las múltiples actividades del sistema ramificado de las organizaciones públicas? El partido es la forma suprema de esas organizaciones (las cuales, como se sabe, no descaecen nunca), él solo puede

y debe dar las directivas políticas correctas. A diferencia de otras organizaciones, el partido no está atado a ningún interés profesional, administrativo o local. El partido va más lejos. Posee la experiencia política"¹².

El partido gobernará, no obstante, sin recurrir a la compulsión. Los practicantes de la violencia desempeñarán el papel de reyes filósofos; su misión será "conquistar las almas"¹³, "convertir la verdad del marxismo-leninismo en convicción interior de todos, sin excepción", hasta servir de guía a "cada soviético". "Lo que ha sido confirmado por la historia universal debe hallar su confirmación en el alma individual"¹⁴. La ética totalitaria penetrará en el espíritu y hará parte integrante del equipo psíquico del individuo. El trabajo ideológico será la tarea fundamental del partido, guardián de la integridad del espíritu de las ciudadanas, impidiendo así su contaminación por ideologías extrañas y colocándolas al abrigo de un vacío mental apolítico no menos peligrosa. Khrushchev, fascinado por la noción de "lavado de cerebro", ha exhortado a los escritores soviéticos "a lavar los cerebros de las gentes con vuestras obras, y no a turbar sus espíritus" (Pravda, 23 de mayo de 1959).

LA LIBERTAD — De manera significativa, esta palabra aparece raramente en los amplios análisis que tratan de la "transición al comunismo". Pero es fácil adivinar, según los textos oficiales, la naturaleza y el alcance de la libertad en el orden verdadero. La obediencia al partido se tomará una "necesidad orgánica" del hombre (Kommunist, n. 17, 1959, p. 20), su segunda naturaleza, por decirlo así. Todo deseo de emancipación será considerado como rebelión contra el ideal colectivista, la expresión de un individualismo pernicioso conducente a la "anarquía". Pero tales tendencias serán tan raras como poco naturales y dependerán de la psicopatología. Como lo ha dicho Khrushchev en la intervención ya citada:

"¿Y habrá criminales en la sociedad comunista? En tanto que comunista, yo no puedo afirmar que no los habrá. Un crimen es una transgresión a las reglas de conducta generalmente reconocidas y un desorden mental es frecuentemente la causa.

10 Informe estenográfico, Moscú 1958, p. 452.

11 B. Ukraintsev: "Voprosy dialektiki plúriestannia sotsializma y kommunist", n. 13, 1960, p. 72.

12 V. Ponafine, M. Sokou: "Voprosní roli partii y stroitélstvá kommunist", en Kommunist, n. 17, 1959, pp. 15-16.

13 L. Iilitchev: "Voprosy kommunisticheskego vospitanie traditicheskosti", en Kommunist, n. 14, 1959, p. 48.

14 S. Yurovitski: "Materialnyé i moralnyé stimuly próizvedstva", en Kommunist, n. 12, 1960, p. 33.

¿Y habrá enfermedades, desórdenes mentales en la sociedad comunista? Quizá. Si ello es así, la gente de espíritu desordenado podrá ser capaz de actos delictuosos".

Dicho de otro modo, una desviación de las normas totalitarias será tratada como una forma de alineación mental.

LA IGUALDAD — Alrededor de 1930 los bolcheviques han matado a la reivindicación de la igualdad que los llevó al poder. A los que continúan recordando con aire de desafío las promesas de la Revolución se les mataja de desviacionismo pequeño burgués. La utopía cedió a las leyes inexorables de la naturaleza humana, para la cual la igualdad es un ideal noble, pero inaccesible. Seguramente, la dictadura comunista continúa afirmando su apego al principio marxista: "De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades". Pero su aplicación, pretendiéndose entonces, debía esperar el día lejano en que la miseria fuese reemplazada por la abundancia y cuando la desigualdad de las recompensas materiales no fuese indispensable para inducir al ciudadano, desembarazado de los hábitos capitalistas, a consagrarse a la sociedad.¹⁵

Las discusiones actuales sobre la transición al comunismo ponen de nuevo el acento sobre la igualdad, en tanto que rasgo esencial de la sociedad futura. Pero la aspiración del partido a la igualdad ya no tiene el ardor de antes, se ha transformado en técnica calculada de dominación totalitaria.

La distribución de los bienes y de los servicios según las necesidades, parcialmente puestos a disponibilidad en lugares tales como la asistencia médica, cosas cunas e internados, se extenderá hasta abrazar la capacidad de consumición totalmente. Tal modo de distribución debe reforzar la naturaleza colectivista de la sociedad soviética y reprimir las manifestaciones del individualismo, sobre todo la "tendencia a la propiedad privada", esta "supervivencia del capitalismo, de todas la más terrible" (*Pravda*, 11 de mayo de 1960). El partido tiende a ensanchar el campo de la "satisfacción pública de las necesidades".

"Es indudable que todos los objetivos de uso personal seguirán siendo personales bajo el comunismo. Sin embargo, las perspectivas del porvenir no dejan prever la concesión de bienes inmuebles a los obreros y empleados: viviendas de campo, medios de transporte (automóviles, sin duda) de los cuales, en ciertos casos, podrían sacar beneficio sin suministrar trabajo... Sería malo estimular (...) la construcción privada" (Kommunist, n. 14, 1960, p. 19).

Pero no es solamente la construcción de viviendas lo que debe tener carácter "co-

operativo". Todas las formas de distribución terminarán por ser colectivizadas. Más adelante se lee:

"Desde ahora una parte sustancial y creciente de bienes materiales y culturales se distribuyen a los ciudadanos independientemente de la calidad y de la cantidad de su trabajo. La extensión de las formas colectivas de la satisfacción de las necesidades personales de los trabajadores será un factor muy importante en la operación consistente en obtener los canales por los cuales arriesgarían filtrarse las tendencias a la propiedad privada."

Así, el colectivismo igualitario será la salvaguardia contra el individualismo y el deseo de propiedad privada que podrían crear "islotas" de autonomía social, escapando al control del partido. La historia conoció muchos soberanos absolutos que trataron de consolidar su poder nivelando la sociedad y reduciéndola a una masa indiferenciada y servil.

LA FAMILIA — El comunismo será la era de la **monogamia durable**¹⁶ (subrayado en el original). "La moral comunista se opone en principio" a las uniones nacidas de la "depravación y la ligereza"¹⁷.

Mientras rechazan con desprecio las "columnias" acumuladas por Orwell en 1984 y por Aldous Huxley en *Brave New World*¹⁷, que describen ambas el amor y la procreación artificial regidos por el Estado en la sociedad comunista, los teóricos han precisado que la abjuración de la desviación izquierdista sobre el amor libre, autorizada en un tiempo, en el año 20, continúa en vigor. La infidelidad conyugal y la promiscuidad sexual son, al parecer, el origen de un estado de espíritu contrario a la disciplina totalitaria. El código puritano debe embeber enteramente la sociedad. La *Komsomolskaia Pravda* (11 de abril de 1959) pregunta, relatando un caso de "traición" conyugal: "Qué diferencia separa este acto de una traición en el sentido más amplio de la palabra?"

Los trabajos domésticos serán hechos gradualmente por los restaurantes y lavaderos públicos, cuyo número y calidad irá aumentando. Pero la familia continuará cumpliendo sus funciones "morales y educativas". Aunque la educación de los niños debe incumbir en gran parte a una red de internados que aumentará sin cesar, la familia seguirá participando en ella. Para citar un escrito: "las alegrías de la paternidad son indispensables y representan un factor importante en la educación de los

15 A. Kharchev: "Semla i kommunizm", en *Kommunist*, n. 7, 1960, p. 63.

16 *Ibid.*, p. 61.

17 *Ibid.*, p. 59.

niños" ¹⁸. Sin embargo, los internados están llamados a jugar un papel cada día más grande a medida que sean mejor equipados para extirpar las tendencias egoístas, es decir, el individualismo.

LA DISCIPLINA DEL OCIO — Desde hace algunos años, el partido manifiesta una creciente inquietud sobre el empleo que harán los ciudadanos soviéticos del ocio debido al progreso técnico: es inherente a un régimen totalitario insistir sobre la integración de la *res privata* en la *res publica*. A este respecto la semejanza entre el comunismo y el fascismo es sorprendente. "En el nacionalsocialismo, proclamaba un oficial nazi, el individuo no existe" ¹⁹.

El ocio estimula la vida privada y la búsqueda de "placeres fútiles". Ofrece numerosas ocasiones para actividades sociales fuera de la vigilancia ejercida por el régimen. Las satisfacciones sensuales pueden tornarse la preocupación dominante, haciendo así impermeable al hombre a la disciplina política. Para el partido cada uno debe estar impregnado de conciencia política: "no profesor la opinión política correcta, es no tener alma" ²⁰. En un torrente de artículos recientes se les culpa "a los holgazanes, a los ociosos y a los parásitos". Citemos un ejemplo tomado al azar:

"Nosotros dirigimos el trabajo político, cultural y educativo, sobre todo en las fábricas y oficinas, es decir, sobre los lugares de trabajo. Pero el hombre no trabaja 24 horas por día. Pasa la mayor parte del tiempo en su casa, donde descansa, estudia y se distrae. ¿Puede sernos indiferente la manera cómo orienta su modo de vida?" (Pravda, 6 de septiembre de 1960).

Remedios propuestos: 1) Intensificación de la vigilancia ejercida por las "organizaciones públicas", como las "asociaciones locales contra el parasitismo" y las brigadas de ciudadanos encargados, bajo la conducción discreta del partido, de descubrir a los ociosos y ponerlos en guardia contra las diversiones frívolas, la embriaguez y la indumentaria excéntrica ²¹; 2) Multiplicación de los locales destinados a la distracción y recreación, como clubes y cafés donde los ciudadanos se distraen bajo la mirada de un ojo vigilante ²²; 3) Constitución de un modo de vida comunista específica que provea a las necesidades estéticas. Los grandes acontecimientos de la vida individual (nacimiento, matrimonio, funerales, etc.) deberán ser impregnados de la simbólica colectiva. En una palabra, el dominio privado se transformará en dominio público dominado y vigilado por el partido.

• • •

Así se dibujan los contornos de la sociedad ideal. Mas todo lo que nosotros sa-

bemos del hombre parece incompatible con su realización. La tecnología moderna misma no ha dotado todavía al dictador del poder de modelar la sociedad como la arcilla y los medios de los cuales disponen los *apparatchiki* son irrisorios, ante la enormidad de la tarea. Vacilan en emplear el arma del terror, de efectos imprevisibles y que tiende a volverse contra quien la esgrime: "El hambre, ha dicho Khrushchev, no debe ser empujado al paraiso o garrotazos" (Pravda, 4 de julio de 1960). Y la ideología del marxismo-leninismo se torna cada día más exenta de sentido. En vez de insuflar entusiasmo, dispensa somnolencia.

Los comunistas aspiran a "pasar de un salto" de la "necesidad" de transigir con la *Stikhúnost* al reino del "desembarazo" absoluto de esta misma espontaneidad; tratan de canalizar el curso caprichoso de las transformaciones sociales en los estrechos límites de su dogma. Pero, ¿se puede hacer obedecer, de manera absoluta, la marcha compleja de la historia a los órdenes de un aparato político? Toda acción histórica está marcada por el sello de la imprevisible. Cada acto es, o casi es el origen de consecuencias involuntarias. "El hombre hace su propia historia, pero no sabe cuál". El partido, ¿hará excepción a esta regla que, hasta el presente, ha gobernado el destino humano?

Quizá, en lo más profundo del corazón, los dirigentes comunistas prefieran la persecución del fin por el fin mismo. La tensión y la lucha son la esencia de su empresa, que les dan sentido a su existencia. La conquista final concluiría en un intolerable aburrimiento. El papel del rey filósofo dictando sus leyes a un pueblo reducido a ciega obediencia no se avendría bien con el *apparatchik* formado conforme a la ética del combate perpetuo. A la cuestión: "¿Cuál es vuestra concepción de la felicidad?", éste respondería sin duda, como Marx: "Luchar". Así haría eco a las palabras de Mussolini: "Nosotros hemos creado un mito; el mito es una fe, una pasión; no es necesario que se torne realidad. Es una realidad por el hecho de que es un fin, una esperanza..."

La dictadura bolchevique puede durar mucho tiempo, siempre en busca de un fin inaccesible: la victoria sobre la espontaneidad: "El movimiento lo es todo, la meta final no es nada".

¹⁸ Ibid., p. 61.

¹⁹ Citado por Hans Rothfels en *Die Deutsche Opposition gegen Hitler*, Frankfurt, 1958, p. 32.

²⁰ Mao Tse-tung: "Let 100 Flowers bloom" en *New Leader*, N. York, 9 septiembre 1957, p. 41.

²¹ Cf. a este propósito, "Tруд, svobodnoie vremia i vsiostoronnnoie razvitié lichnosti", en *Pliticheskoié samoobrazovanie*, n. 5, 1960.

²² Cf. K. Pontelejner: "Razviviat i sovietchenstvovet kommunističeskíe formy byta", en *Melodai Kommunist*, n. 9, 1959.

La bomba atómica y el futuro de la humanidad

Por Jorge Ballesteros

"La bomba atómica ha creado prácticamente una situación nueva. Plantea la alternativa entre una desaparición física total de la humanidad o una transformación de la situación moral y política del hombre".

La transformación a que Jaspers alude, supone, a mi juicio, una revolución social de neto sesgo libertario y envergadura internacional, ya que solamente el hombre libre, que puede hacer pleno uso de su razón y de su responsabilidad, es capaz de decidir lúcidamente sobre su destino, forjando las nuevas normas de convivencia indispensables para impedir su autodestrucción y asegurar el desarrollo armónico de su personalidad, en un mundo cuya técnica esté subordinada al bienestar colectivo. En Occidente, la libertad individual, premisa y meta básica del ideal democrático —y fundamento de la transformación revolucionario— existe coercida por los poderes del capitalismo y del Estado, que comprenden el control económico y la orientación política de la sociedad. Ambos poderes procuran manipular la personalidad del individuo común, reemplazando sus móviles genuinos por aquellos que más convengan a la minoría propietaria y burocrática. Trátase de formar un hombre-masa: respetuoso de la propiedad privada y la autoridad estatal; trabajador eficaz y rutinario, poco a poco convertido en mero colaborador de la máquina; creyente en una religión que posterga para el más allá las aspiraciones de justicia; obsesado por una incesante asimilación de superfluos utensilios de confort; anestesiado en sus facultades de reflexión y rebeldía por los entretenimientos superficiales y las recomendaciones conformistas que le instilan diariamente el cine, la radio y la televisión.

Pero la libertad individual de la inmensa mayoría no está inerte en Occidente ante las maquinaciones de la minoría dominante. Le permiten instrumentar su defensa la pluralidad de partidos políticos; una economía en que gobierno y empresa privada se disputan constantemente zonas de influencia; la multiplicidad, en el sector privado, de intereses que al competir y oponerse crean una situación social flúida, renuente a las constricciones ideológicas y aprovechada por el pensamiento crítico y creador para expresarse y difundirse; todo esto no porque los capitalistas quieran estimular el pensamiento libre, sino simplemente porque no pueden impedir su sufrimiento, favorecido por la movilidad y las contradicciones del sistema con el que ellos medran; la relativa división de poderes; un movimiento obrero de autonomía siempre precaria, mas siempre beligerante; una ilustre tradición liberal, de milenaria data, renovada por las doctrinas y los combates del socialismo moderno. La práctica esclavista, en la civilización greco-romana, imputable a las condiciones primitivas de producción y a las tendencias autoritarias de la época, no debe disminuir, salvo en la medida en que ayuda a precisar sus limitacio-

* Obra de Karl Jaspers, Compañía General Fabril Editora, Buenos Aires, 1961.

nes, su formidable compensación histórica: la libertad política de los ciudadanos griego y romano, que juntamente con la ejercida por los profetas hebreos, inauguran la tradición liberal de Occidente, acrecida y consolidada en las últimas centurias, por el confluyente esfuerzo de cruentas rebeliones populares —la insurrección de obreros y campesinos que dirigió Tomás Münzer, la Revolución Francesa, la Comuna de París— y de grandes espíritus: Moro, Beccaria, Godwin, Voltaire, Thoreau, Lincoln, Bakunin. Todas las manifestaciones concretas de la libertad individual que conocemos en Occidente son a la vez resultado y nutrimento de esta tradición liberal: "habeas corpus", libertad de prensa y reunión, derecho de huelga, derecho a trabajar donde se desee, a asociarse con fines útiles, a viajar, a disentir políticamente con el gobierno.

En Rusia y China, el moderno absolutismo estatal encontró el terreno abonado para su propagación por la milenaria tradición de despotismo, común entre los pueblos de Oriente. Así se cimentó la total conjunción del poder político en un partido único, identificado con las fuerzas militares y la policía secreta; el monopolio estatal de todos los medios de información y publicidad; el desconocimiento del derecho de huelga y de "habeas corpus"; las restricciones a la circulación y traslados personales dentro de las propias fronteras y la prohibición de viajar libremente al exterior; la falaz sinonimia de traición y oposición política; las deportaciones en masa de núcleos de población remisos a las consignas del régimen; la comprobada existencia de gigantescos campos de concentración; el afán de predominio mundial de "la nueva clase" burocrática.

La posibilidad, pues, de una transformación social que impida el desencadenamiento de una contienda atómica, mortal para el género humano, se da con mucho mejores perspectivas que en los países totalitarios, en Occidente, especialmente en su núcleo vital: Europa y Estados Unidos, donde la libertad y la democracia, a pesar de las desnaturalizaciones impuestas por el capitalismo y el estado, existen y se desarrollan, reflejando y resumiendo la tradición liberal de sus instituciones y la diversidad política de sus expectantes mayorías.

En la concreción de tal posibilidad, tiene la ideología libertaria un rol principalísimo. Es la única que puede ofrecer al Occidente dividido y desorientado, un internacionalismo coherente, una confutación simultánea —y positiva— del marxismo totalitario y del sistema capitalista, y una afirmación individualista conciliable con la cooperación y el mutualismo que deberán regir las relaciones político-económicas del futuro —si se conviene, con Jaspers, en que hay un futuro para la humanidad transformada.

* * *

En sus comienzos el colonialismo fue brutal. Los colonos ingleses y españoles, que sucedieron a los descubridores y líderes militares, en la conquista de América, cometieron actos atroces con los nativos, a menudo, verdaderos genocidios. Países de cultura antiquísima, como India y China, fueron violentamente subordinados a los móviles de lucro de negociantes y gobiernos metropolitanos. África fue repartida entre las grandes potencias europeas y empezaron a un tiempo su ocupación y saqueo seculares. Estos hechos del colonialismo son insoslayables: hay

que recordarlos con indignación y extraer de ellos dolorosas lecciones que enseñen a controlar los desbordamientos del poder y de la técnica sobre comunidades indefensas. Pero su evocación no puede constituir una ilevantable acusación a Europa a menos que, como dice Jaspers, "se aluda a una culpa esencial e inicial de la grandeza del hombre". "Los actos crueles, despiadados y traicioneros no son menos típicos de la historia de China e India, que de la nuestra propia. Es antes bien mérito de Europa que en su ámbito empezara la autoacusación respecto del pronuario colonial, proceso que se ha prolongado hasta hoy y que no ha carecido totalmente de efecto".

Durante el período colonialista, la técnica europea consumió la unidad planetaria: el mercado mundial aparejó el ingreso a la historia mundial. El aislamiento de pueblos y civilizaciones desapareció definitivamente. Por encima de la miseria moral de los colonialistas y del legítimo resentimiento de los explotados, abrióse paso, lentamente al principio y aceleradamente en los recientes años, el concepto de la identidad y de la dignidad universales del hombre.

En Occidente principia la compleja tarea de la descolonización mientras se perfila en el horizonte histórico un nuevo colonialismo: el del imperio totalitario soviético. "Durante cuatro siglos —dice Jaspers— los pueblos se familiarizaron con el viejo dominio colonial; convertido hoy en fantasma, parece todavía una realidad. El dominio ruso, en cambio, aún no es conocido en el mundo, excepto en los territorios que padecen la tiranía de Rusia". La sangrienta represión de Hungría demuestra a las claras que el flamante colonialismo ruso no está dispuesto a abandonar un solo palma de las naciones extranjeras sojuzgadas ni está dispuesto a hacer ninguna concesión de autonomía a sus pueblos. Sin embargo, este poder colonialista se presenta como manumisor ante los países que en Occidente aún padecen en dependencia política de explotadoras metrópolis.

El colonialismo debe ser erradicado perentoria y completamente de la comunidad occidental. No sólo porque ofrece un fácil flanco de ataque a la mendacidad comunista; porque es, sobre todo, incompatible con la democratización integral de sus territorios que Occidente necesita para ser fiel a su espíritu y no malograr su oportunidad de sobrevivir. Es de deplorar que en varios de los países occidentales rectores todavía no se comprenda la urgencia y la responsabilidad con que debe ser emprendida la descolonización. Las torpezas y crueldades de Francia en Argelia y de Bélgica en el Congo ejemplifican una descolonización mal comprendida y peor realizada; las maniobras leguleyas y la contumacia imperialista de Estados Unidos en Puerto Rico y de Inglaterra en Medio Oriente son resabios in justificables del viejo colonialismo.

Uno de los temas medulares del libro es el referente a las relaciones hegemónicas de Estados Unidos con las demás naciones occidentales. Su dilucidación está presente en muchos capítulos: a veces en forma explícita, con más frecuencia perceptible en la interpretación de ciertos hechos o en el meollo de importantes conclusiones políticas.

Jaspers no deja de reconocer las fallas de la democracia en Estados Unidos. Alude al peligro totalitario proveniente de la derecha —caracterizado por el "maccarthysmo"— que inficiona la democracia norteamericana.

americana, pero omite el examen de los fenómenos sociales que la perturban gravemente, como ser: la intolerancia racial y la pena de muerte por daños a la propiedad privada, vigentes en numerosos estados; la gravitación de los monopolios industriales y financieros en las contiendas electorales y su predominio en la conformación de la opinión pública y el manejo de la política exterior del país; los pactos con dictaduras y grupos oligárquicos en las naciones subdesarrolladas dependientes de su apoyo técnico y comercial: España, Portugal, repúblicas latinoamericanas.

La solidaridad con Estados Unidos que Jaspers predica a los países de Occidente es de una exigencia casi incondicional. Corresponde oponerle una objeción categórica. La preponderancia militar-atómica de Estados Unidos y la múltiple influencia de su economía, de su técnica, de sus costumbres, de lo que se ha dado en llamar su "civilización", en los países del mundo libre, hacen que toda transformación profunda de la sociedad occidental —como la que Jaspers preconiza para evitar tanto la hecatombe nuclear como el dominio mundial del totalitarismo— se encuentre irremisiblemente vinculada al cambio de la sociedad y la política norteamericanas. Y ningún cambio moral, social o político, puede promoverse, en comunidad alguna, sin ejercitar la crítica sobre las pautas caducas del *statu quo*. La impugnación de los precedimientos imperialistas de Estados Unidos y de su connivencia con regímenes totalitarios "de derecha", es un deber inexcusable de la solidaridad esencial con las realidades y las posibilidades de su democracia, paradigma del esfuerzo occidental tendiente a conjugar la técnica y la libertad política.

Jaspers denuncia la falacia de la llamada "tercera posición" que pretende eludir la puja entre democracia y totalitarismo, con una política pendular de apariencia neutralista, en realidad debilitadora de la posición occidental, cuyo liberalismo es aprovechado para insertarle el ensalgamiento de estrechos intereses nacionalistas, signados por la dictadura, en el Egipto de Nasser y la Yugoslavia de Tito, por el histrionismo mesiánico en la India de Nehru y por el resentimiento y la confusión de las masas junto con las apetencias de poder de los nuevos líderes, en la mayoría de los países asiáticos y africanos recientemente descolonizados.

Jaspers elogia la neutralidad, tal como Suiza la practica desde hace muchos años, sustentada, con singular decisión, en los principios democráticos occidentales. El neutralismo es otra cosa. Jaspers observa, enjuiciándolo: "A la larga, este estado de suspenso significa la incorporación al totalitarismo".

El neutralismo trata de erigirse como un valor en sí, "au dessus de la mêlée", y no tiene más valores que los que Occidente le brinda, en su marco de libre crítica y tolerancia internacional. No se podría ser neutralista en el campo totalitario: es imposible concebir a Hungría o Polonia conduciéndose respecto a Rusia como la India o Yugoslavia respecto a Estados Unidos. El neutralismo es un fenómeno político exclusivo de Occidente y, paradójicamente, antioccidental.

Occidente, según Jaspers da a entender, se salvará y salvará a la humanidad de la destrucción atómica y de la dictadura totalitaria sólo si se autoafirma, unido suprapolíticamente en una confederación internacional, alrededor de los principios que traducen su estilo vital y su aspiración constante: la libertad del individuo y el régimen democrático. El

neutralismo dificulta la unidad supranacional de Occidente, es una rémora para su autoafirmación y su autocrítica: especula con las tergiversaciones y las menguas de sus libertades individuales y públicas: le contrapone, cada vez que lo considera oportuna —el oportunismo y la extorsión son sus atributos definitorios— la eficacia y el orden monolíticos de los países totalitarios: así equipara equívocamente democracia y dictadura, confundiendo a masas descontentas, seduciendo a líderes incautos y desbrozando el camino a la propaganda comunista.

• • •

El apotegma de la soberanía absoluta es uno de los anacronismos más perjudiciales de nuestro tiempo. La formación de las nacionalidades modernas, le otorgó, inicialmente, relativa validez: avigoraba el deseo de autonomía de comunidades diferenciadas, obstaculizaba el abuso de la intervención de las naciones fuertes en las débiles, estimulaba el celo patético de los nuevos ciudadanos.

Establecidos los estados y los imperios y delimitadas sus zonas de influencia, el concepto de soberanía absoluta pasó a ser el argumento político más socorrido en los conflictos internacionales. Se invocaba la soberanía absoluta para cohonestar las arbitrariedades de un estado y se la respetaba o desconocía de acuerdo a las conveniencias de los grupos de poder. El fascismo y el nazismo, advinieron y prosperaron, amparándose en la soberanía absoluta de Italia y Alemania, lo que impidió que éstas sometieran, hasta el estallido de la segunda panguerra, las soberanías de Abisinia, España, Checoeslovaquia, Austria, Polonia.

La soberanía absoluta se convirtió en una pantalla jurídica de las oligarquías gobernantes, en la apelación que inhibe toda exteriorización de solidaridad y responsabilidad puramente humanas.

El reconocimiento, aunque sea formal, de la soberanía absoluta, lleva al real abroquelamiento de cada nación en sí misma, a la primacía de sus intereses nacionales y de facción sobre los intereses comunes de la humanidad, que demandan, muchas veces, la intervención del conjunto de países que los respeta en el país que los degrada.

Jaspers cita la norma de la antigua polis griega: "La injusticia que se comete en la persona de otro ciudadano, se comete en mi persona". "Y la norma válida para los ciudadanos de un estado —añade— rige igualmente en una situación mundial de paz para todos los ciudadanos de todos los estados. Esta situación exige intervenir en nombre de la comunidad de naciones para proteger al hombre que en algún lugar de la tierra sufre el despojo de los derechos humanos".

Sin necesidad de recurrir a la fuera, Occidente podría intervenir en favor de los oprimidos ciudadanos de los países totalitarios, si exhibiera, dentro de sus confines, el ejemplo de los derechos humanos protegidos por la vigilancia y la fiscalización internacionales. Un ejemplo de semejante dimensión ética, de tan tremendo impacto en la conciencia de individuos aislados, no podría ser ocultado o distorsionado durante mucho tiempo por la propaganda totalitaria. Y en cuanto se difundiera en los territorios dominados por el totalitarismo daría a éste un golpe fortísimo, quizás mortal, sin efusión de sangre.

Occidente, empero, persiste en aferrarse al caduco principio de la soberanía absoluta. Por eso proliferan en su ámbito los focos totalitarios de variados y cambiantes matices: las dictaduras latinoamericanas y europeas: Stroessner y Castro, Salazar y Franco; el despotismo feudal de los principados árabes; la tiranía económica de los monopolios petroleros y los trust financieros norteamericanos, ingleses, holandeses y belgas en paupérrimas regiones de América, África y Asia. "Desde el punto de vista jurídico —comenta Jaspers— las pretensiones de soberanía absoluta y de no intervención equivalen a la pretensión de la propia arbitrariedad, equivalen al derecho a decidir en una situación concreta lo que es justo, es decir al derecho concreto a cometer injusticias".

* * *

La magnitud y hondura del libro se manifiestan naturalmente en muchos otros planteos socio-filosóficos que la brevedad del comentario, ceñido al rápido examen de las reflexiones de mayor actualidad política, apenas permite enumerar: originalísima apreciación de Gandhi y de la política sin violencia; estudio exhaustivo del origen y del funcionamiento de las Naciones Unidas; análisis de la técnica y de la indagación científica desde el punto de vista de la supervivencia del hombre; demoledora crítica del marxismo, de las iglesias en general y de la iglesia cristiana en particular; reivindicación de la razón, exaltada como hontanar de la fe filosófica y fundamento de una nueva sociedad; rigurosa investigación de las relaciones entre la fuerza y la política, ponderación memorable del amor y la inmortalidad: "somos mortales cuando carecemos de amor, inmortales cuando amamos"; llamamiento a la voluntad y a la responsabilidad del individuo aislado para que participe en la transformación política del mundo, única alternativa de la catástrofe atómica. Pensamiento, en fin, deponente de dogmas y rutinas mentales, esclarecedor y acendronte aún en sus sesgos controvertibles, expresado con la altura moral y la soberana inteligencia que han hecho de su creador el representante más insigne del existencialismo contemporáneo y una de las lumbreras filosóficas de este siglo.

Diciembre de 1853: Nacimiento de Errico Malatesta

Por **Concepción Fernández**

Para acercarnos a la egregia figura de Errico Malatesta, debemos regresar retrospectivamente a Italia, a la ciudad de Santa María, donde nació el 4 de diciembre de 1853.

El que habría de ser desde muy temprana edad militante directo de las ideas libertarias, no fue hijo de proletarios, sino de ricos terratenientes; el precoz muchacho, ajeno a los juegos propios de su edad, por sus incursiones en el campo del pensamiento, provocó, como era lógico, temores y sobresaltos a sus progenitores. Acaso por haber descubierto en él, antes que nadie, la insinuación de su vocación revolucionaria.

Su ciudad natal había sido durante mucho tiempo escenario de luchas populares, a cuyo frente las figuras de Garibaldi y de Mazzini eran avanzadas de reivindicaciones. Las luchas se propagaban extendiéndose a otros lugares de la Italia de entonces. Impregnadas en cierto modo de anhelos de libertad, su principal objetivo era, sin embargo, derrocar a la monarquía y a la prepotencia clerical que se oponían al fervor republicano de la época.

La tenaz resistencia del pueblo trascendió las fronteras de Italia, y a ella vino un día Miguel Bakunin. El espíritu propenso del joven Malatesta agudiza sus naturales ímpetus rebeldes, mezclándolo en las luchas callejeras de su pueblo, cuyo clima expectante lo había envuelto desde niño. Al entrar en la adolescencia comienza a buscar el análisis de las ideas políticas en auge, de los hombres que se mueven en torno de ellas, y de lo mucho de sus lecturas.

Cursó estudios secundarios en un internado religioso y los continuó en la Universidad de Nápoles, abandonándolos cuando cursaba el cuarto año de medicina, acicateado, sin duda, por su pasión revolucionaria. Decidió vivir más cerca de quienes habían hecho del trabajo manual su modo de subsistencia. Para ello aprendió el oficio de mecánico en Florencia, en el taller de un amigo. Cuando las circunstancias lo obligaban a exilarse, trabajó de albañil, de electricista, de vendedor de golosinas y solía agregar clases nocturnas de idiomas. Renunció a su herencia paterna, distribuyéndola entre los necesitados y para impulsar la propaganda.

Su don tan humano lo inducía siempre a poder conversar y polemizar con las personas, cualesquiera fuesen las condiciones del medio en que vivían y su nivel intelectual. Y era tal la forma de exponer sus argumentos que se puede asegurar que nadie se sintió molesto ante el demoleador contrincante. El joven revolucionario de "vivir socrático", como lo definió Luis Fabbri, además de fervor libertario, al que se sintió adherido en carne y espíritu, aportó una raíz original a la forma de encarar la militancia social.

Su popularidad crecía incontenible. Paulatinamente iba extendiéndose

por Italia. Puede decirse que desde que Malatesta tenía 18 años no hubo suceso insurreccional, en su país o fuera de él, donde directa o indirectamente no hubiese actuado. La intensa actividad desplegada, las conferencias que siempre suscitaban polémicas públicas, hizo que los compañeros de todos los países desearan mantener correspondencia con él. Una de sus más famosas polémicas fue la que sostuvo con su amigo Saverio Merlino, encaminado hacia el parlamentarismo; duró un año y se publicó en el periódico "L'Agitazione", de Ancona.

Su conducta de hombre integral y la convicción íntima de que las ideas sólo viven en la acción coordinada hacia los objetivos esenciales, hicieron que Malatesta rechazase siempre lo que una gran cantidad de trabajadores bien intencionados le ofrecían como homenaje a su esforzada lucha y hombría de bien: elevarlo a la categoría de líder. Sentía aversión de que lo llegaran a considerar "jefe" de movimientos y hecho tumultuosos o revueltas sin sentido, fama ésta que le había creado la reacción y la prensa sin escrúpulos a su servicio.

Sostuvo siempre la necesidad de "la propaganda por los hechos", pues en la elaboración real, viva, es donde se van formando con verdadero conocimiento de causa las bases sólidas de nuevas estructuras sociales. Donde también se pone en descubierto lo endeble de muchas teorías pseudo revolucionarias. Argumentaba que toda idea social debe resistir el análisis de su practicabilidad. Siempre estuvo al lado del pueblo, tratando de orientar sus pasos inciertos hacia objetivos reales de afirmación y conciencia social.

Por los años 1874 y 1877 se lo ve en las luchas de Casteldemonte y de Benevento, en Italia; luego en la Herzegovina insurrecta, en un intento de Servia contra el gobierno turco, y allá, por 1880, se encuentra en el Egipto sublevado contra los ingleses. En ese ir y venir por tantas latitudes geográficas, hacia mayo o junio de 1885 partió para la América del Sur. Estuvo aquí, en Buenos Aires, en esa época en que la ciudad comenzaba apenas a despojarse del aire de "gran aldea" que entonces la cubría. En el adormecido ambiente Malatesta publicó por algún tiempo un pequeño periódico en italiano, con el nombre de "La Questione Sociale". En ese mismo año se organizó la Asociación de Panaderos, a la cual contribuyó en gran parte su acción propagandística.

Hacia mitad de 1887 partió de vuelta a Europa, y en octubre de ese año se halla en Niza. Pasa a Suiza, donde reanuda su actividad revolucionaria. El 1º de mayo de 1890 participa en los exaltados mítines con que París recordaba la viva memoria de los mártires de Chicago. Y también lo vieron las calles de Londres al año siguiente; las de España en 1892 y las de Bélgica en 1893; las de Italia, desde 1894 hasta 1898. Pasó infatigable por el largo itinerario de conmociones sociales y motines que sacudían las postrimerías del siglo anterior.

Asombra su extraordinario dinamismo. Está presente no sólo en el tumulto de las calles, sino levantando su voz en memorables asambleas, como en Londres, en el Congreso Internacional Socialista Revolucionario en 1884, junto a las grandes figuras de Kropotkin, Luisa Michel, Merlino. Como antítesis, en ese mismo año se lo encuentra en Nápoles en una ocupación diferente a la de hablar a tantos auditorios. Ahora Malatesta es el simple integrante de un equipo sanitario para combatir la

epidemia del cólera que hace estragos en la región napolitana. Al ex estudiante de medicina se le confió un grupo de enfermos, y a sus desvelos y cuidados se debió la curación de muchos. Declinó una distinción oficial que quisieron darle en mérito a su altruismo.

En 1891 participa en el congreso realizado en Lugano y en 1892 en el llevado a efecto en Génova. En este mismo año hace una gira por España, y después de conferencias y polémicas, debe abandonar ese país por atribuirle las autoridades participación en una revuelta en Jerez de la Frontera. Durante los años 1894 a 1896 se originó en el continente europeo una fuerte ola de represión contra el anarquismo. Por tal motivo, lo más destacado de sus militantes buscó refugio en Londres. Tuvo lugar por ese entonces en la capital británica el Congreso Obrero Socialista, para el cual preparó Malatesta un extenso y medular trabajo tendiente a orientar y decidir a los socialistas antimarxistas por las corrientes de afirmación libertaria. En esa asamblea, realizada del 27 de julio hasta principios de agosto de 1896, a pesar del reiterado intento de los delegados de tendencia marxista, Malatesta logró hacerse escuchar. Pero la mayoría del congreso fue adversa a los libertarios y a los socialistas antiparlamentarios, votándose la expulsión de ambas tendencias. Como respuesta a tal actitud, Malatesta publicó un folleto: "Nuestro programa: la anarquía", en el cual resume con claridad su posición ideológica frente al dogma marxista.

En 1897 regresa de incógnito a Italia, y el 14 de marzo de ese año publica nuevamente "L'Agitazione". Se atiene, como siempre, a su criterio de que "se pueden decir las cosas más audaces y revolucionarias con la mayor corrección de lenguaje, siempre en beneficio de las ideas que se sustentan y del mejor vínculo para la fructificación en los demás, si son limpias de retórica vana. Si tenemos razón —escribió— digamos las razones que nos asisten en forma claramente razonada".

Se ve obligado a salir del país, ante la marejada represiva. Hace escala en Malta y pasa a Londres. Viaja a los Estados Unidos, donde reanuda una intensa labor de propaganda. En febrero de 1900 llega a Cuba, donde su palabra vibra con la misma emoción libertaria del sembrador Martí. Retorna a Inglaterra, donde permanece durante trece años, haciendo esporádicos viajes a otros países. Da a la prensa el periódico "L'Internazionale", después "La Rivoluzione Sociale", más tarde, en 1905, a "L'Insurrezione". En 1907 parte para Holanda, y en el Congreso Internacional Anarquista realizado en Amsterdam expone sus conceptos sobre organización, que fueron publicados en "Los Tiempos Nuevos" de París, "Freedom", de Londres y en "Il Riveglia", de Ginebra.

Publica en 1912 un folleto sobre la guerra ítalo-turca. Alguien lanza la calumnia de que Malatesta está al servicio del gobierno italiano. Sufre tres meses de prisión y ante la amenaza de expulsión, se levantan voces de protesta en los círculos más diversos de la capital inglesa. El diario "Manchester Guardian" lo defiende valientemente. En "The Nation", lo hace Pedro Kropotkin. Se forma un comité de agitación, se efectúan mítines y se impide así la expulsión. El que debe salir es el espía acusador.

Un año después Malatesta regresa a Italia. Publica trabajos medulares en "Volontá", de Ancona. Trabaja contra la monstruosidad de la

guerra. Su palabra se hace oír en toda Italia. Se producen los violentos hechos de junio de 1914, la huelga general, la represión a cargo del ejército, la defección de los dirigentes de la Confederación General del Trabajo. La vida de Malatesta corre peligro, pues se lo busca para procesarlo por los sucesos de la "semana roja". Vuelve a Inglaterra, donde ha de sorprenderlo en 1917 la buena nueva de la revolución rusa, a la que saludó alborozado. Su visión luminosa habría de convertirlo poco después, ante la nefasta dictadura bolchevique, en uno de los más agudos críticos de la llamada "dictadura del proletariado".

Malatesta no puede entrar a Italia, Francia le niega el paso, Inglaterra ordena a los capitanes de los barcos cuidarse de llevar tan peligroso pasajero. Pero logra burlar todos esos obstáculos y entra a su país en 1919. Apenas reconocida su presencia, es aclamado por el pueblo. Realiza en seguida una gira de propaganda por las principales ciudades y provincias. El importante diario de Milán "Il Corriere della Sera" decía el 20 de enero de 1920: "El anarquista Malatesta es hoy por hoy uno de los más grandes personajes de la vida italiana. Los muchedumbres de las ciudades corren a su encuentro y no le entregan las llaves de las puertas, como se acostumbraba en otro tiempo, sólo porque ya no hay llaves ni puertas".

La sublevación de Ancona en la primavera de 1920, en el mes de junio, no le causa sorpresa. Su sagacidad la había previsto con antelación. El descontento general se había ido canalizando por la incesante prédica de Malatesta, la actividad de los grupos revolucionarios y la decidida actuación de la Unión Anarquista Italiana, a la que había dado el primer impulso germinativo y todo su apoyo. La ocupación de las fábricas por los obreros, en septiembre de 1920, pareció el preludio de la tan esperada revolución social. Por ende, fue el período de más intensa actividad en la vida de Errico Malatesta. Casi era un milagro que se mantuviera en pie. Pero vino la gran derrota y el trágico advenimiento del terror fascista.

Malatesta tuvo el coraje de lanzar desde "Umanità Nova" —ya en la clandestinidad— un llamado angustioso a la lucha contra la dictadura, contra Benito Mussolini. Llevado a la cárcel, hace huelga de hambre junto con otros compañeros. Sale en libertad y vuelve a predicar la unificación de todas las fuerzas antifascistas y anarquistas para un paro general. Éste se realiza y es brutalmente sofocado por las fuerzas armadas y las bandas de "camisas negras". La represión culmina con la "marcha sobre Roma", mientras Mussolini se oculta cobardemente por si fracasa en la aventura de tomar el poder.

Una furiosa lucha se entabla en Roma y el huracán reaccionario llega a "Umanità Nova", cuya imprenta destruye. Su último número es del 2 de diciembre de 1922. Malatesta, próximo a los 70 años, prosigue su labor, circunscripta al ámbito verbal de inmediatas cercanías. Piensa que detrás del horizonte cerrado, siempre existe la posibilidad de otros que se abren a la luz. El gran revolucionario se gana el sustento yendo a las casas particulares a arreglar una cocina, una canilla que gotea. Pero el fascismo allana esas casas y sembrando el temor se cierran las puertas para ganarse el pan de cada día.

Cuando en 1924 hay un aparente respiro, aprovecha para sacar la

revista quincenal "Pensiero e Volontá", que si aparece regularmente durante el primer año, el segundo tiene dificultades y al tercero ya no puede circular; a partir del asesinato de Matteotti, se cierra todo resquicio de libertad para los opositores. La vida se hace difícil y la vigilancia se estrecha en torno al luchador. Toda persona que intenta visitarlo, es detenida e interrogada. Hasta es peligroso saludarlo en la calle. Se niega a abandonar el país, pese a las instancias de sus amigos.

Está atento a lo que ocurre en el mundo. Y cuando en 1931 cae abatida la monarquía española, escribe a su gran amigo Luis Fabbri: "Tengo fiebre —no te alarmes, hablo metafóricamente— tengo fiebre por las cosas de España. Me parece que la situación presenta grandes posibilidades de irme allá. Me enfurezco por estar aquí encadenado". Los compañeros españoles fracasan en un plan de sacarlo de Italia, pues la policía fascista estaba prevenida.

De todo el mundo llegaban al viejo maestro mensajes de solidaridad y admiración. Agravada su vieja afección pulmonar, no desfallece su tesón admirable. Burla la censura y sus escritos llegan a las manos fraternas del exterior. Junto a su mesa de trabajo, estampa las páginas póstumas de su pensamiento orientador. Tienen la claridad de sus clásicos escritos —"En el café", "En tiempo de elecciones", "Programa anarquista", "Entre campesinos" y tantos otros— y la sabiduría de la acumulada experiencia. ¡Estupenda lección de dignidad y de coraje humano!

Cuando el dictador fascista se enteró de su muerte, acaecida el 22 de julio de 1932, tomó rápidas medidas para que no trascendiera la noticia dentro ni fuera del país. Pero a las pocas horas del deceso, la dolorosa nueva se conoció en el exterior. Redobló la guardia en torno a la casa. Ni siquiera se autorizó a la familia la publicación de esquelas mortuorias. Se negó incluso el inocente tributo floral de los niños del barrio. El cortejo, con inusitada escolta policial, fue obligado a marchar rumbo al cementerio a gran velocidad. Se le negó el elemental derecho de la sepultura individual, yendo sus restos a la fosa común.

Como si eso no bastara, se puso centinela armado, día y noche, en esa pequeña tierra de todos que es la necrópolis, por temor a que póstumos homenajes, trascendiendo el recinto, culminaran en aquellas manifestaciones de fervor revolucionario que la mención de su solo nombre encauzaba y ponía en movimiento.

• • •

Para merecer la gratitud y el reconocimiento de la posteridad bastaría el itinerario de su vida, cuya raíz profunda se nutrió en la justicia misma. Esta ferviente vocación de cotidiana exaltación de la dignidad tiene, sin lugar a dudas, otra vida paralela: la de Sócrates, quien dio a la luz la filosofía del conocimiento del hombre por la libertad. Como el antiguo filósofo que estableció el diálogo con el pueblo y de hombre a hombre, Malatesta, siglos después, sigue cotidianamente eslabonando entre el pueblo la continuidad de la inicial verdad filosófica, agregándole el aporte vivo de su credo revolucionario.

Si seguimos el itinerario de la vida de Malatesta, cuya actividad sin desmayos fue intensamente sentida y rigurosamente pensada, veremos que ella, por sí misma, rebasa sus tan divulgados folletos o artículos en publica-

ciones nuestras, siempre claros y eficaces en la propaganda libertaria, pero nunca tan altos como la lección de su propia existencia.

Del convivir con el pueblo, de ese aprendizaje cotidiano, Malatesta fue elaborando, sin apresuramientos y sin consignas externas, la sólida estructura de su pensamiento. A su pensar vivo, creador, se debe un aporte enteramente suyo en su sostenida lucha diaria: la voluntad, que con su dinámica presencia canaliza los entusiasmos, las fuerzas dispersas, por las rutas claras hacia el fin común de liberación humana.

En él no cabía el fatalismo de que todo se repite, de que la historia puede marcar rumbos al hombre. Malatesta sostenía su concepto voluntarista de que el individuo puede y debe forjar la historia; el hombre tiene que desecharse el humillante papel de protegido y forjar con entera nitidez y responsabilidad su propio destino.

El genial escultor Augusto Rodin —que tanta vida imprimió a la piedra y el mármol— solía decir que amaba las grandes catedrales porque le daban la sensación de seguridad, de algo sólidamente construido, y que además, sugerían el sueño de infinita, de universal armonía. Esta seguridad de lo bien construido —decimos nosotros—, de algo que puede valorarse como el don más preciado del hombre en esforzada lucha por una constante superación que lo dignifique, es, en síntesis, el otro lado de la recia piedra trabajada por las manos del escultor. Así vemos esa magnífica unidad que es el pensamiento de Errico Malatesta: recio, seguro, bien construido, exento de toda rigidez, proyectándose hacia los ilimitados aspectos de la vida humana.

En esta hora incierta, ese pensamiento es un claro y directo mensaje del socialismo libertario, sistema que permitirá al hombre un modo de vida que, siendo un todo solidario en el sentido humano, contenga las infinitas variantes que la sensibilidad y la inteligencia sean capaces de crear, y vaya tan lejos y tan alto como la humanidad pueda ir en sus incesantes anhelos de transformación social.

18 de Noviembre de 1936: Muerte de un revolucionario auténtico: Buenaventura Durruti

Por Diego Abad de Santillán

Durruti pertenece ya a la historia. Ha entrado en ella con todos los honores en el puesto de los grandes héroes populares.

Proletario auténtico, pudo dejar de serlo por su audacia incomparable; pero prefirió vivir entre los suyos, como un obrero entre otros obreros, hasta que dejó las herramientas, para empuñar las armas en defensa del trabajo y de la Libertad.

Una veintena de años consagró Durruti a la lucha por la emancipación de los trabajadores. ¡Qué veinte años más pródigos

en sucesos, en sacrificios, en heroísmo. Se ha escrito mucho sobre nuestro bravo camarada, pero aún queda por escribir y por describir su vida de combatiente obrero revolucionario como merecería, en detalle y en interpretación. Ha sido un vigoroso factor de progreso, un resorte en tensión constante hacia un porvenir mejor. La España moderna ha tenido pocas voluntades y pocas energías como las que encarnaba Durruti, bakuniano por su talla, por su temperamento y por su empuje, capaz de arrastrar

siempre a cuantos le rodeaban hacia una órbita de influencia y acción.

Era, sobre todo, un hombre de acción, para el cual las ideas por las que defendía todo sus días su vida eran tanto más queridas cuanto más se convertían en palanca revolucionaria. No entendía de sibilinismos mentales, de florilegios literarios. Era anarquista, pero su anarquismo brotaba más del corazón que del cerebro. Y con toda la tosquedad de su expresión, precisamente por eso, era escuchado, comprendido y aclamado por el pueblo. Su voz de trueno electrificaba a los oyentes, comunicando a cuantos le oían la llama que ardía en su interior.

Durruti era de una pieza, un bloque mármol enorme, apenas pulido por el sufrimiento, por las persecuciones de que fué incesante víctima en los veinte años de su actuación revolucionaria, por el dolor de sus compañeros y amigos. Nunca albergó la menor doblez de carácter o de intenciones. La hipocresía era su antípoda. Incapaz de una mala acción contra un compañero, franco y abierto en toda su vida, no tenía escondrijos en el alma, recovecos en el carácter. Era lo que aparentaba. Un espíritu observador veía en Durruti a los pocos momentos toda la personalidad, sin sombra alguna. Gigantesco de estatura, era de una diafanidad espiritual casi infantil. Lo que el proletariado español perdió con Durruti, lo testimonió en su concurrencia espontánea y sentida a su entierro, el más imponente que registra la historia de España.

* * *

Durruti nació en la ciudad de León el 14 de julio de 1896, en el barrio de Santa Ana, de viejas viviendas populares. Su padre era ferroviario y ferroviarios casi todos los hermanos de Durruti, incluso Buenaventura. Era un ambiente hostil para toda idea y para toda actividad no grata al episcopado. Carecía de industria; todos los habitantes se conocían y era muy fácil imposibilitar la existencia a cualquiera de las ovejas descarriadas de la grey católica y del conservatismo. Una fuerte guarnición, varios destacamentos de la guardia civil, numerosos conventos, la catedral, el obispado, La Escuela Normal, la Escuela de Veterinaria, una pequeña burguesía deseosa de hacer la digestión al amparo de la ley, no eran ambiente propicio para el que llevase algo divergente dentro de sí una idea o un temperamento. La emigración era forzosa. Durruti no cabía en León, por lo que en el León de nuestra primera juventud, cuando la máxima expresión subversiva, piedra de escándalo, eran algunos tibios e inofensivos republicanos, hombres respetables, es verdad, pero de los cuales nada tenía que te-

mer el viejo régimen.

Allá por el período del movimiento de agosto de 1917, salió Durruti de León, no sabemos si voluntariamente o para eludir ya persecuciones por su participación en huelga memorable. Recorrió el norte de España y arribó a arcelona, su centro favorito de acción. De ese período se conservan recuerdos vivos por numerosos militantes. Porque Durruti se hizo pronto bien conocido en los medios libertarios de lucha. Era un genio de la acción, incansable y voluntarioso, dispuesto siempre a todas las empresas, por arriesgadas y difícil que fuesen.

* * *

Durruti entró en el movimiento revolucionario como un soldado en el combate. Había declarado la guerra a un sistema, a un mundo de privilegios y de iniquidades, a una clase parasitaria que vivía del esfuerzo y del sufrimiento ajeno, y en su opinión en la guerra eran legítimos todos los medios que conducen a la victoria, pese a los moralistas. Si se acepta la guerra, en cualquier forma, defensiva u ofensiva, hay que aceptarla con sus luces y sus sombras, con todas las consecuencias. Y Durruti era un soldado de la guerra social de los oprimidos contra los opresores. El 19 de julio de 1936 no se descubrió a Durruti; era el mismo que había sido desde hacía veinte años. Pudo disponer de más medios de acción; eso es todo; pero espiritualmente siguió siendo el mismo de antes. Asaltando el cuartel de Atarozas, preparando los movimientos de enero y diciembre de 1933, y dirigiendo su pistola hacia los máximos responsables de la situación de los desheredados, asaltando un banco para obtener fondos con que libertar a los presos sociales o con que comprar armas para la lucha revolucionaria, o defendiendo Madrid, Durruti es el mismo combatiente de la gran causa de la Libertad y de la Justicia ¡No separéis su vida en etapas cualitativas distintas! Su combatividad incesante tuvo siempre y a todas horas los mismos objetivos.

* * *

Su ligazón íntima con Francisco Ascaso, Gregorio Jover, García Oliver, Ricardo Sáenz, y otros elementos destacados, muchos de ellos caídos antes de la República y después, se han mencionado a menudo. Y las alusiones al período de la represión sangrienta de Arlegui y Martínez Anido, y a los hechos de defensa y de ataque de aquellos años, han sido también frecuentes. El atentado al cardenal Saldevilla, de Zaragoza, se ha popularizado más. Pero millares de hechos heroicos quedan en la sombra del olvido, y sin esos hechos en que

ha intervenido Durruti, no se pueden explicar acontecimientos ulteriores.

El 19 de julio de 1936 se puso de manifiesto ante el gran público un espíritu combativo y un heroísmo que había animado a nuestra militancia en todo momento, y en especial a partir del terrible duelo de las pistolas en la postguerra, hasta la dictadura de Primo de Rivera, durante ella, aunque con menos intensidad, y después. Ante una dura realidad se educó la generación revolucionaria que triunfó en las jornadas de julio. Llegamos a aquellos acontecimientos como única fuerza aguerrida, disciplinada en la acción, educada para la lucha con el ejemplo y el estímulo permanente de hombres como Durruti, que no han querido reconocerse nunca vencidos, ni aun en plena derrota.

* * *

De sus actividades durante el período de represión aguda de Martínez Anido y Arlegui, se hizo pública y se formó una aureola terrorífica, la desarrollada en busca de fondos para la defensa de los presos y para la preparación revolucionaria. Era el nombre de Durruti popular en ambos mundos. Pero todas las sombras que la prensa y la información policiaca de los diversos países quisieron arrojar sobre su vida, fueron desvanecidas por su integridad moral, su firmeza revolucionaria y su acción incorruptible y heroica en defensa del proletariado. Obligados a una pausa en Francia por la dictadura de Primo de Rivera, a una pausa relativa, porque no dejó Durruti un solo día de pensar en libertar España de la opresión que la aplastaba (no hay que olvidar el atentado frustrado contra Alfonso XIII en París), facilitó ese grupo valeroso medios abundantes para reanudar la propaganda escrita en Francia. Iniciativa de Ascaso y de Durruti es la *Librería Internacional de París*, la revista trilingüe que vio la luz en aquellos años de exilio, las ediciones que aparecieron en español, italiano, francés, etcétera, etcétera.

De la Argentina llegó a las autoridades francesas una petición de extradición de Ascaso, Durruti y Jover. La Francia liberal se puso en movimiento, desarrollando una campaña que llevaba trazas de adquirir el vuelo de la campaña hecha en torno al proceso Dreyfus. Gracias a esa presión popular, fue rehusada la entrega de los prisioneros, y su destino, a punto de sellarse, cambió de rumbo. Fracasada la tentativa del gobierno argentino, los perseguidos se refugiaron en Alemania, donde los camaradas les atendieron cordialmente. De allí pasaron a Bruselas, donde, con nombres supuestos, pero más bien con la tolerancia de aquel país, pudieron consagrarse al trabajo cotidiano, viviendo

do una temporada tranquilos, soñando con la hora del regreso a España.

Esa hora sonó el 14 de abril de 1931, al proclamarse la República. El 16 del mismo mes, salían de Bélgica rumbo a Barcelona, los indómitos combatientes. Había que conocer a Ascaso y a Durruti, —no citamos más que a los muertos—, para darse una idea de la fiebre con que se pusieron a propagar y preparar la revolución verdadera del pueblo. Ocuparon su puesto en la lucha de siempre, como obreros de la industria textil. Pero no eran ya solamente los muchachos valientes de una docena de años antes; eran unos militantes experimentados, cultivados en la pelea, en la lectura, en la escuela de la vida. Mantenían un criterio proletario y revolucionario, y no querían consentir que se dejase de machacar el hierro al rojo. La República no era una meta, era una etapa de la que era preciso salir lo antes posible. A diferencia de Ascaso, reflexivo, de más vasta cultura, más cerebral, Durruti era todo impulso, todo corazón.

Su fervor revolucionario les llevó ocho meses a los desiertos africanos. La República pagaba así a quienes más habían hecho para derribar la monarquía. La odisea del Buenos Aires es una turbia página de la política republicana, de esa misma política de la que salieron los traidores que vendieron al país en julio de 1936. Volvieron los deportados en setiembre de 1932, con una experiencia más, pero con el mismo aliento de antes. En enero de 1933, estallaba el movimiento insurreccional anarquista, a cuya preparación se consagraron los recién llegados del desierto con su apasionamiento característico.

Siguieron para Durruti y Ascaso otros siete meses de encierro en el penal del Puerto de Santa María. Vino luego la insurrección del 8 de diciembre de 1933, obra principal de la tenacidad de Durruti, y seis meses de encierro en Zaragoza, en cuyo intervalo desaparecieron todas las piezas del gran sumario que se les había incoado por aquellos hechos. Los sucesos de octubre de 1934, que culminaron con la heroica rebelión de Asturias, encontraron nuestros fuerzas maltrechos. Millares de compañeros en toda España fueron a la cárcel en prisión preventiva. Durruti fue detenido en Barcelona y, tras un período en la cárcel local, fue trasladado con un núcleo numeroso a Valencia. Las elecciones de febrero de 1936 devolvieron a sus hogares a más de 30.000 obreros anarquistas, sindicalistas, socialistas. Durruti y Ascaso habían recuperado poco antes la libertad y volvieron a la carga con el mismo tesón de siempre, con la misma fe de toda la vida.

* * *

Unas semanas antes del 19 de julio estábamos ya prevenidos. La conspiración no era un secreto más que para algunos republicanos de la talla de Casares Quiroga. Nuestros circulares de mayo y junio a la organización, dan la voz de alarma en todos los tonos. El gobierno de Cataluña se decide a comunicar a nuestro movimiento la gravedad de la situación. Se constituye un Comité de Enlace con el Gobierno de la Generalidad; tenía por misión recabar armamentos para nuestros militantes, la más sólida garantía contra todo alzamiento militar. Se nos niega, alegando la inexistencia; pero fundamentalmente por un último resto de esperanza en el respeto de los conspiradores a la legalidad republicana. Con las escasas pistolas de que disponían nuestras camaradas, con alguna que otro fusil ametrallador, con bombas de mano, y en especial, con la firme decisión de contra-restar a pecho descubierto el alzamiento fascista de los cuarteles, triunfamos. Durruti luchó como un león. Se convirtió en el puño de hierro del pueblo. Su talla, su voz, su bravura levantaban legiones de voluntarios. Costó mucha sangre y muchas víctimas el asalto al cuartel de Atarozanos, donde cayó Ascaso. La caída de ese foco de resistencia era inevitable, habiendo quedado aislado; pero la muerte de Ascaso hizo brotar un rugido de rabia a los sitiadores. La sed de venganza hacía que se despreciase el peligro y que se afrontase la muerte impávidamente. Se rindieron, al fin de dos días, los militares sitiados; Durruti fue el primero en traspasar las puertas del cuartel, herido dos veces, pero indiferente a las heridas. La victoria en Barcelona era total.

* * *

Se fijó el día 24 de julio para la salida de la primera expedición a Zaragoza. Naturalmente Durruti quiso ser el primero en salir y nadie podía presentarse con más derechos. Aquel día el espectáculo que ofrecía el paseo de Gracia, lugar de la concentración, quedará imborrable en la memoria de los que la contemplaron. Alguien calificó de "tribus" asaltantes de camiones a aquellos primeros voluntarios que partieron para el frente, a luchar y a morir en una guerra que se iniciaba, pero cuyo fin no podía entreverse.

No hemos de narrar las contingencias de la campaña. Durruti reveló magníficas cualidades de mando. Los milicianos le querían y le respetaban, y en aquellos momentos en que la obediencia era como un delito de opoeno al pasado, Durruti se hacía obedecer y lograba lo que nadie hubiese logrado en su lugar. Pronto hubo de paralizar su ofensiva por la falta de elementos bélicos. Se comprendió la necesidad de estructurar

un poco las milicias improvisadas y se vio cuánto era la necesidad de material de guerra adecuado. Durruti bramaba por el teléfono en demanda de municiones, de fusiles, de ametralladoras, de artillería. Tenía toda la razón en sus peticiones pero nosotros no teníamos nada que darle. Hubo que proceder a requisas permanentes, desarmando en la retaguardia, a veces por medios imperativos.

Recordamos un día la llegada del ex ministro de Instrucción Pública, Francisco Barnés, que había ido a visitar a Durruti en Bujaraloz. Fue casualmente testigo de una tentativa furiosa del enemigo para romper el frente débilmente fortificado. Había visto a Durruti multiplicarse para estar en todos los lugares de peligro, animando a los milicianos. Venía conmovido. Había visto al héroe llorar de rabia al agotarse las municiones; y al disponerse todo el mundo, sin moverse de su puesto, a emplear las bombas de mano como último recurso antes de caer.

La columna Durruti llegó a tener 12.000 hombres, pero ocupaba un gran espacio, carecía de reservas para probables operaciones. Sin embargo, se han reconquistado por esas fuerzas numerosas localidades, se dieron audaces golpes de mano y su gente, animada por Durruti, alentaba una inquebrantable moral de victoria. Para evitar la pasividad de las trincheras y parapetos, en una ocasión fue Durruti mismo a parlamentar con el Gobierno de Madrid en demanda de auxilio en armas y municiones, sin resultado.

* * *

Llegó la situación de apremio para la capital de España. Las tropas rebeldes amenazaban entrar en ella. ¡Días de angustia inolvidables! La toma de Madrid por las tropas de la invasión equivalía a la pérdida de la guerra. Ayudamos sin tasa con municiones de artillería, con cartuchos muser, con material sanitario, con víveres. ¡Todo por Madrid! ¡Pero no era bastante! Había que enviar fuerzas aguerridas de Aragón. Se pronunció el traslado de la columna entera de Durruti para operar por el sur de Toledo. La resistencia fue invencible. Se convino, al fin, en una reunión con los jefes del frente aragonés, en la formación de una columna de socorro a base de fuerzas de Durruti, de socialistas y de los demás sectores. Nuestro compañero no dejaba el frente aragonés con entusiasmo. Comprendía toda la urgencia de la ayuda a Madrid, pero se inclinaba más bien por una operación decisiva hacia Zaragoza como para avanzar por el norte en dirección a la capital. Para esta operación que aún era factible de haber contado con los elementos necesarios y el auxilio de la aviación, el es-

tado de ánimo era excelente, pero sólo el estado de ánimo. Con las armas y las municiones existentes no había que pensar en ello. Era preciso pues, acudir en defensa de Madrid.

¿Tenía Durruti plena conciencia del gran papel histórico que iba a desempeñar? Nunca le habíamos visto tan grave, tan sereno. Parecía como que la aureola del sacrificio nimbaba ya su frente. Ya no era sólo el compañero nuestro, era el héroe nacional que se disponía a una misión de obligado cumplimiento.

Durruti entró en Madrid en medio de frenéticas aclamaciones populares. Madrid fue salvado por su pueblo obrero, por su juventud combatiente, por los hombres de las fábricas. Cuando corrió por Madrid, como un rayo, la noticia de la llegada de Durruti, se redobló el valor y la confianza de todos. Llegaba algo que no fallaba, llegaba un hombre del pueblo probado en mil ocasiones, rodeado de la simpatía de la Es-

paña obrera y campesina, gente de la guerra antifascista. Cada madrileño se convirtió en un héroe, al amparo de Durruti. ¡Y Madrid se salvó!

Pero Durruti no ha vuelto a su puesto de Aragón, a la vista de Zaragoza. El 18 de noviembre, a las cuatro de la tarde, un incidente inesperado, un imprevisto, le causó la muerte.

Pocos estremecimientos tan hondos ha experimentado el pueblo español en la que llevamos de siglo como el que experimentó al conocerse la noticia fatal. ¡Cuántas lágrimas acompañaron al héroe en la última morada!

A veinticinco años de su muerte, podemos recordar con legítimo orgullo a uno de los grandes campeones de la libertad salidos de nuestras filas. Durruti fue un ejemplo. Seguirá siendo un ejemplo para los forjadores del mundo liberado que soñó en su titánica lucha.

Ediciones RECONSTRUIR

El Nuevo Israel, por Agustín Sauchy.

160 páginas. Precio del ejemplar m\$n. 35.—

El otro Rosas, por Luis Franco
Segunda edición, 340 páginas

Pasión de Justicia, por Iris T. Pavón

Recopilación de poesías

128 páginas. Precio del ejemplar: m\$n. 10.—

● colección "RADAR"

1 La voluntad de poder como factor histórico, por Rudolf Rocker. (Agotado)

2 Reivindicación de la libertad, por G. Erneston.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

3 Ni víctimas ni verdugos, por Albert Camus (Segunda edición ampliada).
100 páginas. m\$n. 30.— el ej.

4 Antes y después de Caseros, por Luis Franco (Agotado)

5 Origen del socialismo moderno, por Horacio E. Roque.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

6 El cooperativismo puede evitar la guerra, por James P. Warbasse.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

7 Capitalismo, democracia y socialismo libertario, por Agustín Sauchy.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

8 Arte, poesía, anarquismo, por Herbert Read. (Agotado)

9 Alejandro Korn, filósofo de la libertad, por Francisco Romero.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

10 Biografía sacra, por Luis Franco.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

11 La solución federalista en la crisis histórica argentina, por Juan Lazarte.
68 páginas. m\$n. 10.— el ej.

12 La Revolución popular húngara, por autores varios.
100 páginas. m\$n. 10.— el ej.

13 Albores de libertad, por Eugen Reigl.
100 páginas. m\$n. 25.— el ej.

14 Bolcheviquismo y anarquismo, por Rudolf Rocker.
84 páginas. m\$n. 20.— el ej.

15 La contrarrevolución estatista y Socialismo y humanismo, por G. Erneston.
84 páginas. m\$n. 25.— el ej.

16 Testimonios sobre la revolución cubana, por Agustín Sauchy.
68 páginas. m\$n. 20.— el ej.

SERVICIO DE LIBRERÍA

Remitimos cualquier libro existente en plaza, en condiciones muy ventajosas. Solicite informes y haga sus pedidos por correo a Editorial-Reconstruir, Casilla de Correo 320, Bs. As.

precio del
ejemplar:
m\$ n. 20.-